

Madrid en las Cimas de la Tierra



Madrid en las Cimas de la Tierra

MADRID EN LAS CIMAS DE LA TIERRA

Biblioteca Regional de Madrid Joaquín Leguina
17/02/2022 – 08/05/2022

PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD AUTÓNOMA DE MADRID

Isabel Díaz Ayuso

CONSEJERA DE CULTURA Y TURISMO

Marta Rivera de la Cruz

DIRECTORA GENERAL DE PATRIMONIO CULTURAL

Elena Hernando Gonzalo

SUBDIRECTORA GENERAL DEL LIBRO

Isabel Moyano Andrés

EXPOSICIÓN

ORGANIZA

Dirección General de Patrimonio Cultural
Subdirección General del Libro

COMISARIO

Pedro Manuel Nicolás Martínez

AYUDANTE DE COMISARIO

Raúl Martín Moreno

DISEÑO

Vélera

COORDINACIÓN

Unidad de Coordinación y Planificación

MONTAJE

Arteria Logística del Arte

TRANSPORTE

Integral Art Development S.L. (Inteart)

CATÁLOGO

EDITA

Comunidad de Madrid

TEXTOS

Pedro Manuel Nicolás Martínez; Raúl Martín Moreno;
Carlos Muñoz-Repiso Izaguirre; Carlos Soria Fontán;
Jerónimo López; Luis Carcavilla

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Estudio BLG

IMPRESIÓN

Mangraf

© de la edición: Comunidad de Madrid

© de los textos: Los autores

© de las imágenes: Los autores

y Biblioteca Regional de Madrid «Joaquín Leguina»

Agradecimientos: Biblioteca Nacional de España, Barrabés, Desnivel, Jerónimo López, Carlos Muñoz Repiso, Museo del Calzado, José María Amat Amer-Elda, Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, Carlos Soria, Summit Oxigen, Salvador Vecino, Club Alpino Español, Virginia Méndez, Archivo Shutterstock

DL: M-1632-2022

ISBN: 978-84-451-3966-0

Impreso en España – Printed in Spain

Presentación

Elena Hernando Gonzalo

DIRECTORA GENERAL
DE PATRIMONIO CULTURAL

La exposición *Madrid en las Cimas de la Tierra* pretende mostrar al público de la Comunidad de Madrid cómo se ha producido el acercamiento de los alpinistas de nuestra tierra hacia proyectos alpinos cada vez más ambiciosos y elevados, encaminados al ascenso de las montañas más altas del planeta.

Esta aventura parte con la llegada a la Biblioteca Regional de Madrid «Joaquín Leguina» (BRM) de los fondos personales de Félix Méndez Torres, un gran montañero deportivamente hablando, pero también, y sobre todo, un extraordinario gestor. Presidente de la Federación Española de Montaña de 1962 a 1970, mostró siempre una inquebrantable fe en los proyectos que acometía, a los que dedicaba un inagotable y eficaz trabajo. Persona de fácil trato y con notable don de gentes, supo establecer importantes relaciones y poner todas estas capacidades al servicio de magníficos proyectos alpinos. Su colección de documentos personales, ahora donados generosamente por su familia a la BRM, son un testimonio impagable y fundamental de la historia del montañismo madrileño y español de la segunda mitad del siglo xx.

A partir de estos fondos se demuestra que el montañismo, especialmente en este caso el expedicionario, es una

importante actividad, no siempre bien conocida ni considerada. Por ello, nos ha parecido conveniente mostrar su procedencia, el origen de esta afición y las primeras experiencias en las altas cimas de la Tierra.

Este es el mensaje que la exposición pretende mostrar a sus visitantes: en Madrid hay una importante afición, tradición y capacidad en este deporte, lo que se ha traducido en relevantes logros en el ámbito de la montaña. Madrid es también una sociedad montañera que se inicia en la sierra de Guadarrama, pero que se contrasta y confirma en las más escarpadas y altas cumbres de la Tierra.

Para ilustrarlo, se muestra un conjunto de documentos y objetos, organizados en diferentes espacios expositivos dispuestos en orden cronológico: introducción, precedentes, los jefes de expedición y los protagonistas, los Andes en 1961, el Cáucaso en 1968, Alaska y el McKinley (ahora Denali) en 1971 y el Himalaya y el Manaslu en 1973 y 1975, finalizando con una mirada a la situación actual del alpinismo expedicionario de altitud.

Disfruten de la exposición, y luego, si les es posible, salgan a la montaña. Les proponemos empezar por nuestra bella sierra de Guadarrama.

El archivo personal de Félix Méndez en la Biblioteca Regional de Madrid

En los últimos años, las bibliotecas han visto en los archivos personales y de entidades una fuente de información excepcional para el conocimiento de la Historia, una forma de contemplar el mundo a través de los creadores de esos archivos y de reconocer el pasado a partir de los testimonios documentales que contienen. Estos conjuntos documentales son sorprendentemente ricos, y a través de ellos se pueden estudiar las materias más variadas. Por este motivo, la Biblioteca Regional de Madrid (BRM) tiene entre sus objetivos la recuperación de los conjuntos documentales de personalidades madrileñas que considera esenciales para la conservación de la memoria de la Comunidad de Madrid.

El archivo personal del madrileño Félix Méndez Torres, que vivió en su ciudad entre 1926 y 2018, es uno de esos conjuntos singulares por su temática, por la calidad de la información, la cantidad de materiales bibliográficos y la variedad de tipología documental. Llegó a la BRM en 2019, gracias a la iniciativa y la generosidad de la familia Méndez, que

donó todo su archivo y su biblioteca. En el mencionado archivo personal reconocemos la Historia reciente del montañismo en Madrid y en España, a través de lo vivido y recopilado por esta figura decisiva para el alpinismo de nuestro país.

Como todo archivo personal, este es el resultado de la actividad de una persona a lo largo de su vida, su trabajo, sus aficiones y relaciones. Félix Méndez Torres consiguió hacer de su gran afición su profesión y, aunque trabajó como delineante y proyectista en el Ayuntamiento de Madrid, el archivo refleja su faceta profesional dedicada al montañismo como deportista y también como responsable en distintas instituciones públicas y privadas dedicadas a la montaña, desde donde impulsó este deporte.

Félix Méndez, Historia del montañismo

Estamos ante una figura fundamental del montañismo español. Empezó en la montaña a los catorce años dentro de una organización juvenil. A los 22 años fue instructor de la Federación

Española de Montaña. Desde 1959 fue presidente de la Escuela Nacional de Alta Montaña (ENAM) y creador de once de sus doce delegaciones. En 1957 fue secretario técnico del Grupo Nacional de Alta Montaña, dentro de la Federación Española de Montañismo, grupo que potenció hasta convertirlo, en 1961, en el Grupo de Alta Montaña Español (GAME). En su época de presidente de la Federación entre los años 1962 y 1971, se forman las federaciones territoriales y los Grupos de Socorro en Montaña (GSM), se crean también varios refugios y consigue la reciprocidad con refugios de distintos clubes alpinos europeos. Formó parte del comité ejecutivo de la Union Internationale des Associations d'Alpinisme (UIAA). Fue director de la primera expedición española a los Andes del Perú, en 1961, y al Cáucaso en 1968. Escaló montañas en Alemania, Austria, Bulgaria, República Checa, Costa Rica, Francia, Grecia, Italia, Reino Unido, Suiza, Perú, etc. En España ostenta diversas primeras nacionales, como la NO del Mogote de los Suicidas en La Pedriza y en algunos roques canarios. Asimismo, abre una importante vía de salida en el famoso Couloir de Gaube del macizo pirenaico de Vignemale. Es reseñable su papel como difusor de la cultura de montaña a través de numerosas publicaciones, así como su labor de director de la revista *Peñalara*. En 2014 le fue concedida por el Ministerio del Interior la Cruz de Plata del Mérito de la Guardia Civil, a propuesta del servicio de montaña de este cuerpo, por el impulso dado para su creación.

Un archivo de altura

Félix Méndez, a lo largo de su vida y de su larga carrera profesional, fue guardando y acumulando una ingente cantidad de documentos, resultado de todas las tareas que llevaba a cabo dentro de diferentes instituciones del montañismo español, incluyendo una enorme colección de material gráfico y audiovisual. También muestra el interés que tuvo por todo lo relacionado con el mundo del montañismo, incluyendo su historia, el estudio de las montañas, los materiales propios para la práctica del alpinismo, etc. La documentación profesional constituye la parte más importante y extensa del archivo. Tiene menor presencia la documentación personal y familiar, la académica y la laboral.

Todo el archivo queda encuadrado en doce grandes áreas principales: documentación personal y familiar; documentación profesional; documentación legal, jurídica y mercantil; Correspondencia; Obra propia; Recortes de prensa e internet; Varia; Documentación fotográfica; Documentación gráfica; Documentación cartográfica; Documentación audiovisual; y Biblioteca.

Del conjunto destacamos la Documentación profesional por ser la parte de mayor complejidad y volumen. Su variedad ha implicado descender en la estructura de la clasificación, atendiendo a sus actividades o funciones para una mejor organización del archivo. También ha tenido cabida aquí su interés por los temas de la montaña, independientemente de que tuvieran

relación o no con sus cargos dentro de instituciones alpinistas.

Despunta por su testimonio, dentro de esta primera parte profesional, la sección dedicada a las Expediciones. Contiene esta la documentación generada por las expediciones de montaña de las que formó parte Félix Méndez y, en un segundo lugar, aquellas expediciones de las que reunió papeles, tuviera o no relación directa con ellas. Dentro de cada enunciado, se ha conservado de manera conjunta toda la documentación no gráfica relativa a esa actividad profesional, incluyendo en cada caso una parte muy importante de correspondencia. Estas expediciones son: Primera expedición española a los Andes del Perú (1961); Expedición «Barcelona» a los Andes del Perú (1963); Otras expediciones a los Andes; Expedición castellana al Cáucaso (1968); Expedición española panamericana Alaska-Tierra de Fuego (1965-1967); Primera expedición española al Himalaya (Nepal) (1965); Primera expedición española trans-Himalaya (1968-1970); Otras expediciones al Himalaya y Otras expediciones internacionales.

Quizá las dos expediciones más significativas y mejor representadas dentro del archivo sean la Primera expedición española a los Andes del Perú (1961) y la Expedición castellana al Cáucaso (1968). Las piezas conservadas son una muestra de todo lo que implica preparar una expedición. Los testimonios textuales y gráficos que contienen son únicos, y los álbumes fotográficos y las películas son especialmente atractivos.

La Expedición a los Andes del Perú reúne una documentación muy completa que permite hacerse una idea de la complejidad de una empresa de este calibre. Contiene el proyecto, el anteproyecto, la fase de selección de los participantes, los entrenamientos que llevan a cabo para medir la resistencia física y mental, sin olvidar aquellos rasgos que fomentan el compañerismo y que son esenciales para que la expedición funcione. También conserva documentación sobre la selección de los materiales que han de llevar y las marcas que colaboran y patrocinan la expedición: un ejemplo son los informes sobre la resistencia de los relojes de la marca Rolex. Muy significativos son los estudios realizados por el Centro Experimental del Frío sobre la conservación de alimentos en alta montaña, que determinaron qué contenedores habrían de llevarse a la expedición.

La preparación supone, también, analizar con antelación el terreno. Son abundantes los mapas específicos de los países de destino, enviados desde sus centros cartográficos y, junto a estos, los croquis que ellos mismos hacían de los lugares concretos de la expedición.

La Expedición al Cáucaso de 1968 también ocupa un lugar especial. Incluye proyectos y normativa, pero quizá lo más destacado sea que, junto a los documentos de carácter técnico, se encuentran los apuntes de historia y geografía sobre la Unión Soviética de Félix Méndez y la numerosa correspondencia de carácter amistoso con colaboradores rusos, algunos de ellos «niños de la guerra española», como Jacinto Barrios, al

que consiguieron repatriar a España y del que se conserva un manuscrito titulado *Relatos del Cáucaso*.

Otra sección dentro de la parte profesional es la referida a Instituciones de montañismo, algunas en las que Félix Méndez estuvo integrado o tuvo responsabilidades, como la Federación Española de Montañismo o la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, y otras que le interesaron profesional e intelectualmente, como el Centre Excursionista de Catalunya, el Club Alpino Español o varias asociaciones de alpinismo internacionales. Contienen documentación corporativa: actas, estatutos, circulares, y todo lo relacionado con la creación de los refugios, como los de La Pedriza, El Chozo Kindelán, el de los Galayos, en Gredos; otros aspectos sobre la seguridad y medicina en la montaña, o el material para la práctica del montañismo, así como numerosas notas, apuntes y material de trabajo de Félix Méndez.

Otros apartados de la clasificación del archivo son:

- Correspondencia formada por cartas, telegramas y tarjetas.
- Obra propia: aparte de sus artículos, entre los que encontramos manuscritos, fotocopias y recortes de revista, llama la atención su proyecto de un *Diccionario de montaña*: fichas ordenadas en su mayor parte alfabéticamente con información de montañas españolas y extranjeras, material de montañismo, términos propios de la práctica del montañismo, personalidades de

la historia del montañismo, asociaciones, etc.; y los dibujos originales de Félix Méndez.

- Varia: esta sección contiene Libros-registro de escalada del Naranjo de Bulnes de «Peñalara» y otros de otras montañas españolas.
- Documentación cartográfica, formada por numerosos planos y mapas nacionales e internacionales relacionados con las expediciones.
- La Documentación gráfica, fotográfica y audiovisual está formada por banderines, brazaletes, estandartes, parches y medallas. Entre estas destaca el conjunto de fotografías referidas a: el Cáucaso, los Andes, Frente de Juventudes, UIAA, Alpes, Médicos, Expediciones varias, Extranjeros, GAME, Everest, Eiger, Canarias, Naranjo de Bulnes, Pirineos, Picos de Europa, Costa Rica, Aragón, Cataluña, Montserrat, Guadarrama, País Vasco, Sierra Nevada, Gredos, La Pedriza y fotografías varias. También son interesantes las diapositivas, las películas y los audios.

Como se puede apreciar, es un conjunto de gran valor para el conocimiento de la historia del montañismo, una fuente de información única. La BRM continúa trabajando en su catalogación, después de su clasificación general, para ponerlo a disposición de los investigadores. En esa labor de difusión se sitúa la exposición *Madrid en las Cimas de la Tierra*, cuyo punto de partida fue este maravilloso archivo personal que nos dejó Félix Méndez.

Madrid en las Cimas de la Tierra
pág. 10

*Expedición española a los Andes
de 1961. Huascarán de 6.768 m*
pág. 15

*Expedición española
a Alaska de 1971*
pág. 38

Expedición castellana al Cáucaso de 1968
pág. 24

*Las dos primeras expediciones madrileñas
al Himalaya. Manaslu, 1973 Y 1975*
pág. 50

*Expediciones al Himalaya
y el Karakórum en el siglo XXI*
pág. 62



Madrid en las Cimas de la Tierra

PEDRO MANUEL NICOLÁS MARTÍNEZ
RAÚL MARTÍN MORENO

Huascarán Norte a la derecha y al fondo el
Huascarán Sur, con la arista de los españoles
recortada contra el cielo a la izquierda.
Foto Mikadun. Archivo Shutterstock.



PEDRO MANUEL NICOLÁS MARTÍNEZ
Alpinista, geógrafo, profesor honorario
en la Universidad Autónoma de Madrid
y presidente de la RSEA Peñalara.



RAÚL MARTÍN MORENO
Alpinista, geógrafo
y profesor en la Universidad
Autónoma de Madrid.

Los precedentes

El montañismo surge como consecuencia de una nueva sociedad en la que se conjugan actitudes y planteamientos procedentes tanto de la Ilustración como del Romanticismo, en un escenario en el que cobra un creciente protagonismo la vida urbana.

No es fácil encontrar –quizás no la haya– la fecha fundacional de esta actividad humana consistente en ascender montañas por el mero placer de ver, superar, conocer y conocerse. Para algunos habría que remontarse al ascenso de Petrarca al Mont Ventoux en 1336; otros lo datan mucho más tarde, en la primera ascensión al Mont Blanc, techo de los Alpes, por parte de Balmat y Paccard en 1786. Sea esa u otra, tanto da, pues no en todos los lugares se inicia al mismo tiempo, pero sí podemos dar fechas más concretas para el nacimiento de esta atención deportiva y exploratoria de las montañas entre la sociedad de Madrid.

Las primeras referencias sobre una nueva mirada hacia estos elementos geográficos, con excursiones encaminadas a cumplir con el anhelo de vivir las montañas desde dentro, se pueden fechar en el último tercio del siglo XIX, y vienen de la mano de grupos en los que ha prendido un nuevo

modo de ver el paisaje y de concebir la geografía. Son los deudores de las influencias de Alexander von Humboldt, gran científico y sabio prusiano, padre de la geografía moderna universal, que entienden la naturaleza con un carácter sistémico, integrado y comprensible, y al tiempo quienes creen ver, en esa naturaleza, especialmente primigenia en las montañas, un modelo de vida en el que prevalece la grandeza, la soledad, la belleza y la austeridad.

Todo en conjunto, la diversidad y riqueza de procesos y elementos naturales, junto a modos de vida social llenos de tradiciones seculares, a lo que se añaden las exigencias físicas y el adecuado conocimiento del terreno, componen un entramado que proporciona a los frecuentadores de las montañas grandes experiencias y satisfacciones morales y físicas.

Por eso algunos grupos avanzados para la época, como eran los profesores y pedagogos de la Institución Libre de Enseñanza, creada en 1876, hicieron suyos estos afanes, pues enseguida vieron en ellos un modelo excelente para la formación de sus jóvenes alumnos.

En este contexto, se ha querido poner la fecha de la excursión de los alumnos de la Institución del verano de 1883 como la primera muestra concreta, fechada y documentada de una auténtica marcha montañera que recorre durante unas largas y activas vacaciones lo más importante de la sierra de Guadarrama, para continuar, luego del pertinente traslado, con otra larga y esforzada singladura por las agrestes laderas de los Picos de Europa.

La posición de Francisco Giner, fundador de la Institución, al respecto, quedó claramente expuesta en el artículo «Paisaje», que se publicó en la revista *La Ilustración Artística* en el año 1886, donde explicaba el sentimiento casi religioso que un atardecer en las montañas del Guadarrama suscitaba en su espíritu. Giner, en ese escrito referencial, habla literalmente de un sentimiento casi religioso, y no está desencaminado, pues las montañas, como suprema expresión de la naturaleza, conducen a quienes por ellas se interesan a preguntarse por los vínculos entre los propios sentimientos y los procesos que ocurren a su alrededor en lo que denominamos naturaleza, propiciando analogías, reconocimientos y profundos estados de reflexión y conciencia.

Las postrimerías del siglo XIX ven, por lo tanto, cómo se generan diversas iniciativas encaminadas a un mejor conocimiento de la naturaleza y de las montañas, pero todavía prevaleciendo los intereses científicos y educativos sobre los deportivos, como fue el caso de la Sociedad para el Estudio del Guadarrama, creada en 1886 por un notable grupo de naturalistas, muchos de ellos vinculados a la Institución Libre de Enseñanza.

No será hasta los primeros años del pasado siglo XX cuando el interés por las montañas de diversos grupos –algunos de ellos extranjeros



Reunión de las Sociedades Alpinas de la Federación Española de Alpinismo. Zaragoza, ¿1927? Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.

procedentes de Centroeuropa afincados en Madrid, otros de cazadores y aristócratas, otros de militares o profesores y otros simplemente de gentes que empezaban a entrever en las montañas un espacio de solaz y desarrollo— se materialice en la formación de los primeros clubes y las primeras asociaciones de excursionismo, montañismo o alpinismo, pues todas estas denominaciones se utilizaron para describir, con matices propios, el interés por recorrer y ascender las montañas, aunque es obligado reconocer que algunas de estas agrupaciones también mantuvieron marcados intereses culturales.

Entre las primeras sociedades montaÑeras de la capital cabe destacar Los Amigos del Campo, la Sociedad Militar de Excursiones o la Sociedad Deportiva Excursionista, pero sobre ellas destacaron, por su permanencia y trascendencia, pues aún perviven, la denominada «Peñalara: Los doce amigos», fundada en 1913, que fue el germen fundacional de la actual Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, y el Club Alpino Español, creado en 1908 sobre la base del grupo denominado Twenty Club.

La afición creciente a los deportes de montaña y su extensión a diversos ámbitos geográficos anima a las sociedades más activas a emprender el camino de la institucionalización de estas actividades mediante la creación de una federación que agrupe a las asociaciones y determine los objetivos adecuados para su crecimiento. Esto ocurre en agosto de 1922, coordinado e impulsado por la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, en cuyo local tuvo lugar la reunión fundacional de la Federación Española de Alpinismo, precedente de la posterior Federación Española de Montaña y de la actual Federación Española de Deportes de Montaña y Escalada.

Félix Méndez en El Tesorero, Picos de Europa, 1963. Desnivel.



Banderín de la expedición española a los Andes del Perú, 1961. Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.



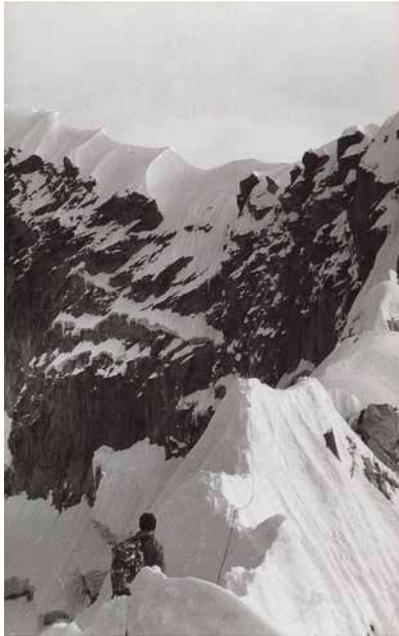
Cuando el nivel técnico era cada vez mejor y, en consecuencia, empezaba a hacerse un alpinismo cada vez más ambicioso, la Guerra Civil interrumpió el proceso, convirtiendo las montañas en muchas ocasiones, también las montañas de Madrid, en frentes de guerra.

Tras este paréntesis que no fue solo de tres años, el retorno a una relativa normalidad en los deportes de montaña vino de la mano de las estrategias de consolidación de un nuevo régimen político, jugando en este caso un papel muy relevante las organizaciones juveniles, con los campamentos, los cursos y las marchas organizadas, actividades muchas veces apoyadas por expertos montaÑeros de anteguerra, si no cercanos, al menos no contrarios al nuevo poder político.

Félix Méndez y la expedición a los Andes de 1961

Durante este tiempo, la persona fundamental del montañismo federativo oficial fue el arquitecto y montaÑero Julián Delgado Úbeda, constructor de buena parte de los refugios de montaña, monumentos conmemorativos y albergues de nuestras cordilleras, director de la prestigiosa *Revista Ilustrada de Alpinismo Peñalara* y verdadero organizador en el plano institucional del montañismo español.

En este contexto irrumpen en el panorama un personaje crucial. Se trata de Félix Méndez Torres. Félix, nacido en 1926, es un alpinista fuerte y capaz, lleno de entusiasmo y con una capacidad organizativa y de trabajo proverbial. Procedente del Frente de Juventudes, pronto —en 1951—, recalca en la



Miembros de la expedición al Perú de 1961 durante la escalada de la arista NE al Huascarán Sur. Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.

Croquis del macizo del Huascarán con la ruta de ascensión por la arista NE de los españoles. Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.



Sociedad Peñalara, en la que demuestra su empuje asumiendo el compromiso de la organización del alpinismo de élite español, con importantes responsabilidades en la creación del Grupo Nacional de Alta Montaña en 1957, precedente del Grupo de Alta Montaña Español, y presidiendo la Escuela Nacional de Alta Montaña desde 1959. Además, forma parte del comité ejecutivo de la Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo, donde cultivaba importantes amistades entre alpinistas de muchos países.

Es en este escenario donde surge el proyecto, basado en uno previo de alpinistas de Barcelona que se integra en este, de organizar una importante expedición nacional a los Andes del Perú. El papel de Félix en este proyecto —cuidadosamente trabajado y del que se da cumplida cuenta en la exposición por la abundante y ordenada documentación guardada en los archivos personales de Méndez— es decisivo, pues se convierte en el gran consejador, asumiendo la jefatura y dirección de la expedición, apoyado en la dirección técnica por el magnífico alpinista catalán José Manuel Anglada.

La expedición tuvo lugar durante el verano de 1961 y se desarrolló en dos macizos montañosos. Primero en el nudo Ayacachi, en el sur del Perú, no lejos de Cuzco. Allí se ascendieron 38 cimas de más de 5.000 m, muchas de ellas vírgenes. Luego se trasladaron al norte, a la gran Cordillera Blanca, con más de 200 km de longitud, cientos de glaciares y numerosas cimas de

más de 6.000 m, donde se centraron en la apertura de una ruta de alto nivel en el Huascarán Sur, de 6.768 m, la cima más elevada de todo el país.

Esta escalada se realizó en dos fases: la primera cordada ascendió el 18 de julio de 1961, aunque debido a la niebla no llegó a culminar exactamente la misma cima (el área cimera es una amplia superficie casi llana). Le siguió otra cordada el 20 de julio, que sí localizó y culminó la cumbre. Dicha escalada fue, sin duda, la constatación de la mayoría de edad del alpinismo español. Lamentablemente, a la bajada, Pedro Acuña, uno de los miembros madrileños del primer equipo de escaladores, falleció al caer a una grieta glaciar. Esta pérdida conmocionó al mundo alpino español y mostró que las grandes montañas obligan a afrontar retos que pueden ser letales.

El alpinismo crece y se expande en España pero ya no se vuelve a hacer una expedición de carácter nacional. Ahora, las diferentes federaciones regionales organizan las suyas y Madrid, junto a Cataluña y País Vasco —las zonas con mayor actividad—, organizan sus propias salidas a las diferentes cordilleras lejanas.

El Cáucaso en 1968. Un destino inesperado

En el caso de Madrid, se piensa en organizar una expedición al Himalaya, pero este proyecto, poco conocido, no llegó a concretarse. En cambio, debido a la enorme capacidad social de Félix Méndez y al apoyo de este a las demandas de la entonces URSS en la Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo, sí se realiza una expedición al Cáucaso. Es este un destino sorprendente, pues en aquel entonces España no mantenía relaciones diplomáticas con la URSS. Pero todos estos inconvenientes se superaron por la gratitud de los rusos al apoyo de España, es decir, de Méndez, y a su ya comentada capacidad diplomática, que fueron capaces de romper los bloqueos políticos, llevando así a un grupo de ya avezados y potentes alpinistas madrileños hasta el techo del Cáucaso, el Elbrús, de 5.642 m, a otras cimas menores de esa cordillera, y sobre todo a la cima norte del difícil y prestigioso Ushba, una espectacular y difícil montaña de 4.737 m que fue ascendida por cuatro miembros de la expedición.

Para el creciente mundo montañero de Madrid, aquella expedición supuso un aldabonazo. La del 61, a pesar de la muy dolorosa pérdida de Acuña, fue una experiencia magnífica, pero ni los medios de comunicación ni la base social eran los mismos. Ahora, un periódico diario relataba todas las vicisitudes de las ascensiones, la selección de los participantes había movilizó a muchos de los mejores escaladores de Madrid durante

Banderín de la expedición castellana al Cáucaso de 1968. Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.



Componentes de la expedición castellana al Cáucaso de 1968. Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.

meses y las conferencias impartidas a la vuelta crearon gran expectación, así como el sentimiento de que nuestros montañeros sabían bien qué hacer en las montañas altas y difíciles.

En una sociedad aún cerrada sobre sí misma como la de finales de los 60 del pasado siglo, estas montañas, lejanas, altas y exóticas, eran un faro que marcaba hacia dónde dirigir los afanes y proyectos. Las altas cordilleras empezaban a estar en la imaginación ilusionada de los montañeros madrileños y gran parte de la sociedad iba entendiendo cada vez mejor lo que suponía subir a lo más alto de las montañas del planeta.

Prueba de lo afirmado es que los clubes y las sociedades de montaña, muchos de ellos también con dedicación al esquí en la entonces más nevada sierra de Guadarrama, crecieron en número y afiliados. Muchas empresas tenían su sección de montaña, en algunos barrios se organizaban grupos de excursiones, centros educativos, asociaciones juveniles e iglesia tampoco eran ajenos a este movimiento creciente. De este modo el montañismo, aún minoritario entre las múltiples aficiones matritenses, deja de ser excepcional y extemporáneo. En estos años ya no es raro ver a grupos de jóvenes con mochilas y pantalones bávaros encaminándose a los autobuses o trenes para llegar a La Pedriza, Cercedilla o Navacerrada.

Pero los horizontes y destinos eran limitados. Guadarrama y Gredos eran las metas habituales; Picos de Europa y los Pirineos se visitaban una vez al año. Excepcionalmente y con sobreesfuerzos se llegaba a los Alpes.

En ese escenario, las expediciones de la Federación eran el ejemplo de que había grandes y maravillosas montañas mucho más allá, en

países lejanos, en cordilleras míticas, con enormes altitudes que exigían planteamientos diferentes, planteamientos recogidos en esos libros sobre alpinismo e himalayismo de los pioneros de Europa que poblaban las estanterías de los hogares y clubes de los montañeros —el Annapurna, el Everest, el Cho Oyu—, relatos literarios que estimulaban los sueños y las ilusiones de la mayoría de los alpinistas españoles y madrileños.

Por otro lado, esas expediciones que surgían y se organizaban desde la Federación eran la constatación de que el colectivo de alpinistas de Madrid se resistía a dejar pasar su tiempo y oportunidad sin apuntar a lo más alto, y que la ascensión hacia las grandes cimas, a pesar de los inconvenientes de nuestra situación todavía un tanto marginal, había comenzado y era ya imparable. Era —y así creemos que debe verse ahora— un ejemplo de legítima ambición y de confianza en nosotros mismos, una actitud de orgullo que desechó el conformismo y, como resultado, llevó a los madrileños hasta muy arriba.

El Gran Norte. La expedición al McKinley, Alaska, de 1971

El objetivo eran las altas montañas del Himalaya, las más míticas de la Tierra, pero en el trayecto seguido hasta entonces por nuestros alpinistas faltaba la experiencia de una montaña aislada, de esas que obligan a una larga estancia en autonomía y a la acción coordinada de un equipo amplio, volcado en el ascenso a una cima a la que seguramente solo llegarán, en caso de hacerlo, unos pocos miembros del equipo.

Para vivir esa experiencia, las montañas de Alaska eran el destino idóneo, y en Alaska, la montaña deseada por nombre, altitud y condiciones era el monte McKinley, el techo de Norteamérica con sus 6.194 m, en aquellas fechas aún no ascendida por alpinistas españoles.

Tras dos largos años de preparativos, con una gran movilización por parte del ambiente alpino de la ciudad, se compone un fuerte equipo y se plantea una estrategia diferente a la del Cáucaso, pues la logística es mucho más compleja.

Entre tanto, Félix Méndez, a quien se propone que la dirija, declina incluso su participación, pasando la responsabilidad de la jefatura a Jaime García Orts, un buen montañero forjado en el Grupo Castellano de Montaña Cumbres, con un magnífico carácter, muy apreciado por todos, y con una entrega y capacidad de trabajo enormes.

La expedición se salda con un ascenso rápido y eficiente de cuatro alpinistas a la cima, en la que supone la primera ascensión española al



Porteo de material en la expedición al McKinley de 1971. Colección Carlos Muñoz-Repiso.

techo de Norteamérica y la constatación del buen funcionamiento de un equipo cada vez más consolidado y experto. Los inmensos glaciares alaskaños vieron manejarse de forma solvente a los alpinistas de Madrid, que usaron esquís, trineos, aguantaron largos periodos de mal tiempo y dieron elocuentes muestras de un funcionamiento solidario.

Un pequeño libro, escrito a la vuelta, *Españoles en Alaska*, ahora reeditado, da cuenta de aquella estupenda expedición, que abrió muchas mentes y germinó en muchos futuros proyectos.

Hacia las cimas más altas. El Manaslu (8.163 m)

El grupo había resuelto con alta nota su primera prueba de autosuficiencia en una lejana montaña. Había llegado el momento de afrontar el proyecto que en aquellos tiempos era el objetivo asumido y compartido por el alpinismo de todo el mundo: la ascensión de uno de los catorce picos de ocho mil metros.

El equipo, liderado ahora por Jaime García Orts, bien apoyado en personas con diferentes capacidades y formado por varias generaciones de alpinistas, fijó sus ojos en el Manaslu, una enorme montaña del Himalaya nepalí de 8.163 m, la octava montaña del mundo en altitud, escalada por primera vez por los japoneses en 1956.

Ahora la apuesta era fuerte. En esos momentos –principios de los 70– los alpinistas españoles no habían logrado ascender ninguno de los catorce ochomiles, las montañas más elevadas de la Tierra.

Era por lo tanto lógico el interés por ascender a la cumbre de unas montañas que en aquellos momentos simbolizaban lo inalcanzable y la consagración del alpinismo de un país.

Así las cosas, en un empeño ambicioso y lógico, el grupo de alpinistas vinculados al Grupo de Alta Montaña de la Federación entonces llamada Castellana fijó su mirada en una montaña magnífica, inmensa y preciosa, que había sido ascendida en muy pocas ocasiones y que no estaba demandada (entonces los permisos de ascensión de los gobiernos del Himalaya se pedían con varios años de antelación) por parte de otros grupos españoles, como era el propio Everest por los montañeros vascos.

De este modo salió de Madrid hacia el Manaslu la primera expedición española en el otoño posmonzón de 1973. Hay que decir que en el Himalaya los periodos favorables de escalada son solo la primavera, antes del lluvioso monzón del verano del hemisferio norte, y tras él, en otoño. El planteamiento fue el usual en esos momentos: una expedición pesada, con un numeroso grupo de escaladores, y el apoyo de un fuerte equipo de sherpas.

La expedición sufrió un mal tiempo excepcional, con enormes acumulaciones de nieve que provocaron numerosas avalanchas, por lo que fue imposible el ascenso y casi un éxito salir indemnes de una montaña que es especialmente peligrosa por sus aludes. La experiencia fue muy difícil y de gran riesgo, pero el grupo salió fortalecido al haber tomado las decisiones correctas en una montaña que se había puesto muy peligrosa y por el comportamiento y la capacidad de sus componentes.

Por eso, casi de inmediato se volvió a solicitar un permiso al gobierno nepalí, que lo concedió para dos años más tarde.

Entre tanto, en 1974, un fuerte grupo vasco había intentado el Everest, expedición de gran repercusión mediática, que no logró su cima por poco. Ese mismo año de 1974, otra expedición de competentes alpinistas catalanes, algunos miembros de la primera expedición española a los Andes de 1961, conseguía ascender de forma muy meritoria, sin oxígeno y sin sherpas en el ataque final, al Annapurna Este, una de las cimas secundarias de este ochomil, la decimotercera montaña de la Tierra, en lo que se consideró la primera ascensión de españoles por encima de los 8.000 m. Hace poco, mediciones más recientes y precisas han determinado que esa cima oriental del Annapurna no alcanza por poco los 8.000 m, pero tanto dan unos metros más o menos, pues aquella ascensión fue un momento

histórico para nuestro alpinismo, que demostró la capacidad de nuestros mejores alpinistas en las mayores altitudes.

De este modo llegó 1975 y ninguna de las catorce principales cimas de la Tierra había sido ascendida por alpinistas españoles. Fue entonces cuando salió de Madrid la nueva expedición de la Federación Castellana. La formaban doce miembros, con una interesante muestra de alpinistas veteranos, algunos con una trayectoria que empezó en 1961 y siguió en todas las restantes expediciones mostradas en esta exposición, junto a jóvenes valores que demostraban pujanza y solvencia en todas las facetas y modalidades del montañismo.

En esta ocasión, con mejores condiciones que en la expedición del 73, y tras un primer intento a la cima fallido, el 25 de abril de 1975, Jerónimo López, Gerardo Blázquez y el sherpa Sonang alcanzaban la cima del Manaslu tras largas horas de ascensión desde el campamento 5, situado a 7.250 m.

Al final fue una pareja de entre los más jóvenes de la expedición la que culminó la expedición y llegó a la cumbre. Pero sin duda se aupaban sobre los hombros no solo de sus compañeros de aquella expedición, sino de todos los que habían ido acumulando experiencias y competencias a lo largo de un periodo que se inició en 1961. Catorce años después se ponía fin a este proceso, consistente en demostrarnos y demostrar que se era capaz de organizar y culminar exitosamente la escalada de un ochomil.

Hoy, esto puede parecer un anhelo banal y poco ambicioso. Haría mal el lector en valorarlo con los parámetros actuales, pues el mundo en general –y el del alpinismo en particular– ha cambiado acelerada y radicalmente en poco tiempo. Entonces, con los conocimientos disponibles, con los equipos del momento y sobre todo con la incertidumbre meteorológica con la que se desarrollaban las escaladas, el ascenso de un ochomil era un objetivo enormemente difícil y de incuestionable mérito y, aún hoy, a pesar de los avances citados, en muchos momentos no deja de ser un reto muy importante, que solo quienes no lo han experimentado minusvaloran.

Las expediciones de altitud en el siglo XXI

Lo relatado hasta aquí es el desarrollo y las peculiaridades del montañismo expedicionario de los albores de esta actividad entre los alpinistas madrileños. Para ello se ha contado con la aportación personal, centrada en algunas de estas expediciones, de importantes protagonistas que tuvieron la fortuna de vivir aquellas aventuradas empresas y, además, coronar

alguna de aquellas prestigiosas cimas. Esperamos que con todo ello se logre una remembranza más completa y vibrante.

Pero parece que el lector y el visitante quedaría con una sensación de incertidumbre si no se acabara esta exposición con una mirada, aunque sea breve, sobre cómo evolucionó este alpinismo de gran altitud hasta llegar a la situación de nuestros días. Ya no es una retrospectiva visual sobre nuestros montañeros, aunque por supuesto algunos también están muy presentes en estas actividades, sino que se pretende mostrar qué está ocurriendo en los más altos picos de la Tierra cuando los avances en viajes, comunicaciones, equipos y comercialización han entrado de lleno en estas actividades, hasta crear un mundo especial y peculiar que quizás sea interesante analizar como colofón a lo antes expuesto.

Y el resumen, explicado en parte gracias a la colaboración de un alpinista experto, reflexivo y con muchas expediciones recientes en su haber, como es Luis Carcavilla, se puede cifrar en que las montañas son mucho más visitadas y se han hecho algo más accesibles por la frecuentación, la detallada información, el aligeramiento de los equipos y sobre todo por la afinada previsión de las condiciones meteorológicas –la gran amenaza en altitud–, que ahorran esfuerzos baldíos y aminoran los riesgos. Asimismo, en aquellos ambientes fríos y hostiles, el cuidado y el respeto medioambiental han de extremarse, cosa que muy a menudo no ha ocurrido, y la protección de su naturaleza y de los modos de vida y las tradiciones de las poblaciones situadas a sus pies merece cuidado, atención y consideración.

Pero, dicho esto, el espíritu que anima a los alpinistas es similar al de hace años. Puede que unos pocos deseen ascender un ochomil por fatua vanagloria, y eso seguro que antes y ahora, sin embargo, la inmensa mayoría busca, antes y ahora, descubrir la magia de un mundo aparte dentro del planeta. La luz, las panorámicas, las inmensas proporciones, el viento, el frío y el esfuerzo agónico, todo mezclado, componen una experiencia vital que subyuga y engrandece íntimamente.

Solo quienes lo han vivido saben lo que es ver amanecer por encima de los 7.000 m y lo apasionante y desafiante que es esa partida entre el ser humano y la grandiosa y brutal naturaleza de las altas montañas.

De esto trata la presente exposición, de cómo los alpinistas de Madrid buscaron esas experiencias, que supieron gestionar y luego trasladar a toda nuestra sociedad, que hoy esta muestra recuerda y celebra.

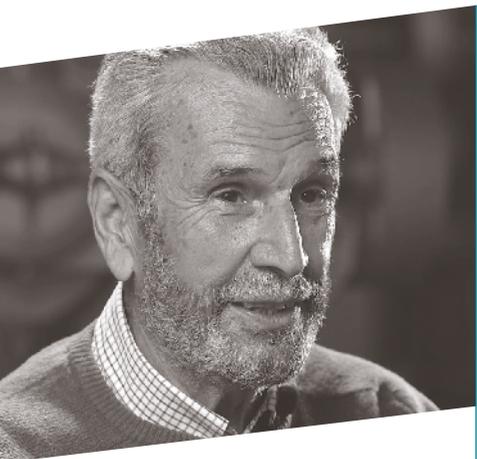
Fue un largo y emocionante camino que ha continuado hasta hoy y que ha llevado y situado a *Madrid en las Cimas de la Tierra*.

Expedición castellana al Cáucaso de 1968

CARLOS MUÑOZ-REPISO IZAGUIRRE



Ushba, de 4.737 m, en
la cordillera del Cáucaso.
Archivo Shutterstock.



CARLOS MUÑOZ-REPISO IZAGUIRRE
Alpinista, licenciado en Derecho,
funcionario del Estado.
Participante en las expediciones al Cáucaso
de 1968, al McKinley de 1971 y al Manaslu de 1973.

El alpinismo madrileño en los años 60 del pasado siglo, siendo técnicamente aceptable, carecía de alguna salida importante a montañas más alejadas que los Alpes.

Varios habitantes de la ciudad de Madrid habían participado, junto a otros alpinistas de distintas provincias, en la exitosa expedición española a los Andes del Perú, en 1961, pero faltaba una expedición organizada y dirigida por madrileños.

Por aquel entonces, los alpinistas más destacados se encuadraban en el Grupo de Alta Montaña Español, que se estructuraba en unidades regionales. La madrileña, que entonces se llamaba castellana por abarcar no solo a Madrid sino también a las dos Castillas, estaba dirigida por Jaime García Orts, sastre de profesión y montañero con las virtudes de un buen líder. De su iniciativa surgió una primera salida colectiva del Grupo de Alta Montaña Español castellano a las montañas del Alto Atlas marroquí, en septiembre de 1966, pero en su mente estaba un proyecto mucho más ambicioso: una montaña de más de ocho mil metros de altitud, en la cordillera del Himalaya. Este proyecto, nada fácil en aquellos tiempos, solo se transformaría en realidad con pasos intermedios que consolidasen un grupo expedicionario cohesionado y experto. La expedición a las

montañas del Cáucaso representó el segundo peldaño de la escalera que llevaría a los madrileños por encima de los míticos ocho mil metros.

La ocasión se presentó cuando, en el año 1966, la Unión Soviética solicitó la entrada en la Unión Internacional de Asociaciones de Alpinismo. Entonces, tras un intenso debate en el que el representante español, Félix Méndez, presidente de la Federación Española de Montañismo, defendió tal ingreso, la petición fue aceptada. Esta actitud de España, en tiempos en los que no existía relación entre las dos naciones, produjo un flujo de simpatía y agradecimiento que culminó en la invitación de las autoridades deportivas soviéticas a visitar las montañas del Cáucaso, en la República de Georgia.

En la primavera de 1967 la decisión estaba tomada. Al año siguiente, en el mes de agosto, un grupo de alpinistas iría al Cáucaso. La expedición estaría dirigida por Félix Méndez, con experiencia demostrada al haber liderado la de los Andes del Perú seis años antes. Había que seleccionar el equipo humano, amén de realizar miles de trámites, seleccionar el material y, sobre todo, buscar financiación para el proyecto.

El subjefe sería Jaime García Orts, y el requisito de quienes formarían el núcleo de alpinistas era pertenecer al Grupo de Alta Montaña Español, lo que se ofreció a todos sus componentes. Los que manifestaron su intención de participar en la expedición comenzamos a realizar actividades juntos cada fin de semana. En agosto de 1967 el grupo realizó una salida al Pirineo central, escalando y ascendiendo sus principales cumbres, y lo mismo continuamos durante el invierno de 1968. Esto permitió la creación de un grupo homogéneo y bien entrenado para afrontar las dificultades de las montañas caucásicas. Al final de la primavera de ese año se hizo la selección de los componentes del grupo expedicionario.

No fueron pocos los trámites que debieron realizarse para entrar en la Unión Soviética. Para empezar, los pasaportes españoles de la época no eran válidos para viajar a los entonces llamados países del bloque del Este. En la Dirección General de Seguridad nos expidieron un pasaporte a cada expedicionario para un solo viaje a la Unión Soviética. Simultáneamente hubo que conseguir visados de entrada, que se gestionaron en la embajada soviética en París, adonde fuimos a recogerlos camino de Moscú. Eso nos obligó a hacer una escala de tres días en aquella capital.

El material y el equipo no era fácil de adquirir entonces en España. Las botas dobles marca Dolomite las conseguimos en Italia. Los plumíferos marca René Desmaison, en Francia. El material de escalada nos lo procuraron, a precio de coste, los hermanos Gonza, a través de su tienda en el Rastro madrileño, y el ya entonces afamado Pedro Gómez nos preparó unos sacos de dormir dobles, con un saco dentro de otro, cuyo modelo

bautizó con el nombre de «caucasiano», que luego comercializó con gran éxito durante muchos años.

Como es habitual, el gran problema era la financiación. Las federaciones española y castellana aportaron una cantidad de sus presupuestos, que hubo que completar con ayudas de las sociedades y los clubes madrileños, así como con generosas aportaciones de amigos y simpatizantes. Al final, se implicaron cientos de altruistas montañeros para hacer posible la expedición.

Cuando ya estaba el presupuesto de ingresos y gastos más o menos cuadrado, llega un cable urgente de la agencia oficial soviética de viajes, llamada Intourist (a través de la cual era obligado contratar y planificar el viaje), en el que nos comunican que el presupuesto que nos habían adelantado era el de turistas, pero que el de actividades de alpinismo era doscientas mil pesetas superior, y que había que dar conformidad al nuevo presupuesto en el plazo de veinticuatro horas. Aquello cayó como una bomba entre nosotros, pues no disponíamos de tal cantidad. La opción era abortar el proyecto o continuar, con toda la incertidumbre que la falta de fondos comportaba. En una reunión urgente de todos los seleccionados acordamos seguir adelante renovando los esfuerzos de búsqueda de financiación y aportar cada uno de nosotros lo que faltase.

Al fin, el 2 de agosto emprendimos la marcha hacia París. La despedida fue apoteósica. Cientos de montañeros madrileños se concentraron para dar ánimo y fuerza a los que íbamos a montañas superiores en altitud a los Alpes. Fue un gesto de solidaridad espiritual que había venido precedido por la material, en forma de aportaciones y óbolos para una buena causa.

En París, a la espera de que la burocracia soviética nos expidiera el documento para poder continuar el viaje, nos dedicamos a actividades de poco costo como largos paseos contemplativos, trotadas por el Bois de Boulogne o carreras por las escaleras a ver quién llegaba primero a lo más alto de la torre Eiffel.

En la tarde del 5 de agosto aterrizamos en Moscú. Nos quedamos impresionados por el movimiento de material militar que vemos en las pistas del aeropuerto. En ese momento están embarcando enormes cañones y carros de combate rumbo, seguramente, a Checoslovaquia, que en esas fechas está muy conflictiva.

Tras los trámites policiales y aduaneros se presenta la intérprete que nos ha designado Intourist, llamada Sotlla Sidorova, que habla correctamente nuestro idioma y que nos acompañará en nuestra estancia en Moscú. Viene con un representante de la Federación de Alpinismo.

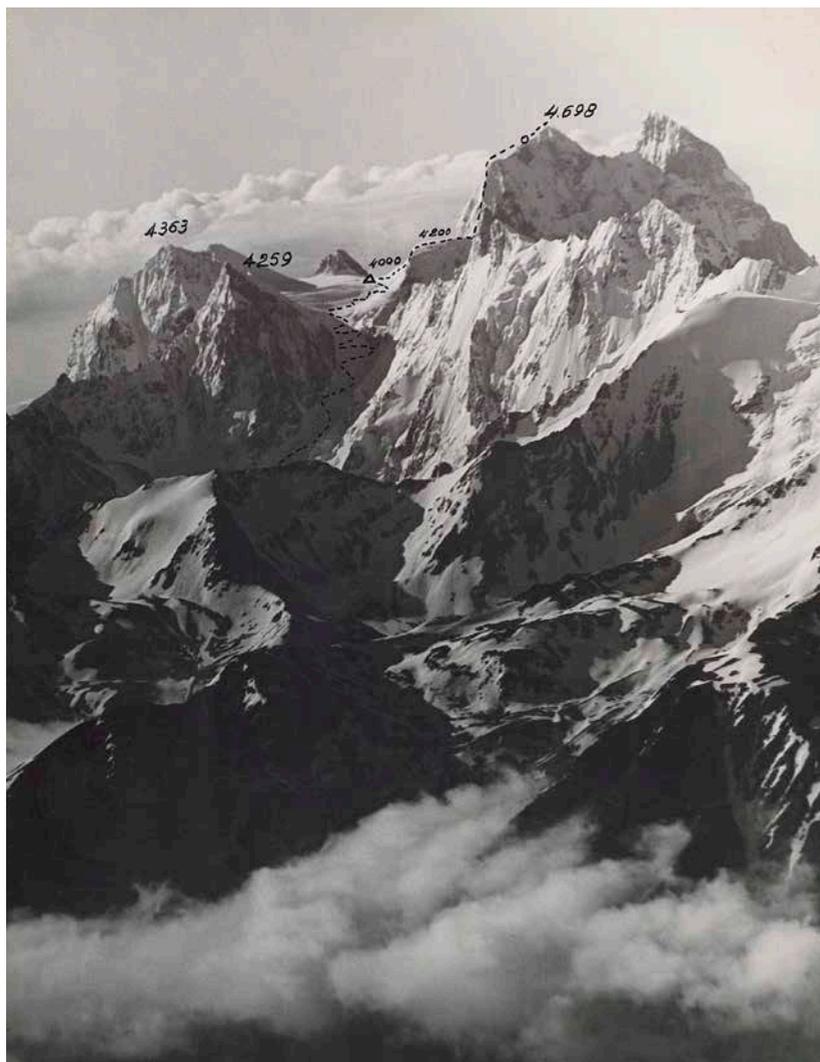


Expedición al Cáucaso de 1968. Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.

Ambos nos acompañan al hotel donde nos alojaremos durante tres días, que aprovecharemos, según programación previa, para visitar los principales monumentos y museos de la capital.

El 9 de agosto volamos de Moscú a Mineralnye Vody, localidad llena de balnearios, donde pasamos la noche, y al día siguiente, en autobús fletado por Intourist, llegamos a Itkol, que será nuestra base de operaciones en el Cáucaso. Nos recibe el vicepresidente de la Federación de Alpinismo, el señor Rototaewj, en nombre del presidente, que se encuentra en Canadá. Le comunicamos nuestros objetivos montañeros en la zona y se muestra escéptico en lo referente a poder alcanzar la cumbre del Ushba –que en el idioma local significa «cuerno de la lluvia»– con sus 4.737 m de altitud por encontrarse en condiciones invernales. Nadie ha subido en lo que va de temporada a la cumbre norte por la arista que nosotros pretendemos recorrer.

Aunque fueron tajantes en el plazo que nos permitían estar en la montaña, quince días, nos sorprendió el trato tan afable y cordial del que fuimos objeto en todo momento. Al figurar entre los expedicionarios un médico cirujano, fuimos eximidos de la exigencia de reconocimiento médico a la que reglamentariamente estaban sometidos todos los miembros de expediciones extranjeras. Tampoco nos aplicaron la necesidad de demostrar un



Monte Ushba con el itinerario de la difícil vía de ascensión de la expedición castellana de 1968. Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.

nivel técnico, en general obligatorio, por pertenecer a un grupo previamente seleccionado. Y en el momento de avituallarnos, permitieron que fuera nuestro médico quien entrase en la monumental despensa y eligiese los alimentos que le parecieran más energéticos o saludables.

El día siguiente, 11 de agosto, lo dedicamos a hacer un reconocimiento de la zona, subiendo a una cumbre de 3.500 m de altitud denominada

Pico de las Tormentas, que, en consonancia con su nombre, nos regaló un buen chaparrón.

Esa noche preparamos todo para salir de amanecida hacia nuestro primer objetivo, el Ushba. En el primer tramo, en autocar hasta el campamento Spartak, nos acompaña el solícito vicepresidente. Hacemos una somera visita al campamento y nos explican la organización reglamentada del alpinismo en la URSS, tan distinta a la del resto de países que conocemos: para ir a la montaña es preciso obtener una calificación que acredite los conocimientos montañosos, que se obtiene asistiendo a un curso impartido en un campamento en el que, durante veinte días, se dan clases teóricas y prácticas. De esa manera se consigue, nos explican, la habilitación de alpinista y con ella se permite hacer determinadas ascensiones y escaladas hasta cierto nivel de dificultad. Cuando ya se han efectuado varias de estas, lo que significa cierta experiencia, se pueden emprender empresas montañosas de mayor envergadura. La escalada ha de ser siempre en cordada y nunca en solitario. No cabe duda de que este dirigismo deportivo evita accidentes que sí se producen en otras latitudes, pero a nosotros nos parece que coarta excesivamente la libertad e iniciativa personal.

Terminada la visita, continuamos caminando bajo nuestras pesadas mochilas con equipo personal y comida para diez días hacia el agrietado glaciar Shkhelda, encajado entre murallones de hielo y roca a ambos lados, por los que asoman glaciares cuarteados que parecen amenazar a los que transitan por el fondo del valle con ánimo de hollar sus cumbres.

Por fin y bajo un buen aguacero, llegamos a un espolón rocoso, donde está instalada una especie de chabola de lona y madera: es el vivac Shkhelda. En él encontramos a un par de alpinistas rusos que, al vernos llegar, han preparado un buen pote de té caliente con el que nos reciben en un buen gesto de camaradería, a pesar de no ser capaces de entendernos en nuestros respectivos idiomas. Muchas veces los gestos valen más que las palabras. Tras una cena frugal, montamos nuestras tiendas de campaña en las proximidades del vivac y nos disponemos al descanso.

Amanece el día 13 de agosto con un sol espléndido y cuatro de nosotros nos dedicamos a buscar el mejor paso entre el agrietado glaciar para aproximarnos al Ushba. Señalizamos con banderas el itinerario y fijamos cuerdas con tornillos para hielo y estacas para nieve en los lugares más peligrosos.

Lo planificado es salir todos al día siguiente para montar un campamento por encima de la barrera de seracs desde el que poder ascender a las cumbres próximas, pero amanece con una intensa nevada. Imposible salir. Pasamos la jornada como tantas otras de mal tiempo, metidos en nuestras tiendas y reparando algún desperfecto producido por el vendaval nocturno.

El día de la Virgen de agosto, fiesta en España, sigue nevando. No tenemos pronósticos meteorológicos, pero nuestros barómetros han bajado ostensiblemente. No obstante, llenos de optimismo, decidimos aguantar en nuestras tiendas para ver cómo se comporta el tiempo al día siguiente.

El 16 de agosto amanece nevando. Lleva así tres días y es seguro que nuestra huella, banderolas y cuerdas fijas están tapadas, así que tomamos la decisión de regresar a nuestro campamento base para intentar subir a la cumbre más alta, el Elbrús (5.642 m). Dejamos el grueso de los víveres, las tiendas de campaña y buena parte del material de escalada en el vivac, con intención de regresar cuando el tiempo mejore. Queremos aprovechar el poco tiempo que nos queda en esta montaña.

Desandamos ligeros el camino de subida y en Itkol gestionamos un camión que nos aproxime a nuestro siguiente objetivo.

Un camión, con tracción a los dos ejes, está dispuesto al amanecer y, bajo una intensa lluvia, emprendemos un tortuoso viaje por una pista embarrada en la que, en ocasiones, las cuatro ruedas patinan y el vehículo, deslizándose hacia atrás, se acerca peligrosamente al abismo a pocos centímetros de la cuneta. Alguna vez hemos de echar pie a tierra para empujar, lo que alguno de los nuestros aprovecha para seguir andando por aquel barrizal hasta el final de la pista, ya cercano. Luego continuamos todos a pie hasta el refugio Pritjutder Elf, una especie de gigantesco búnker de tres pisos situado a 4.137 m de altitud.

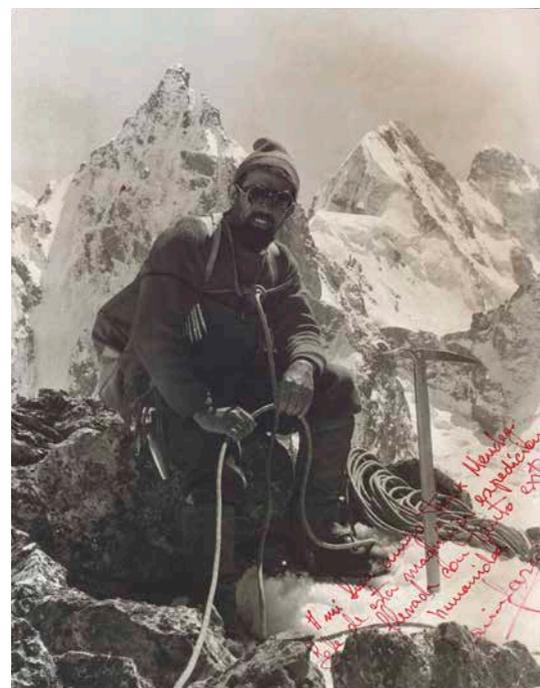
Normalmente, los alpinistas que llegan a este refugio esperan un día para habituarse a la altitud antes de emprender la ascensión al Elbrús, pero nosotros, acuciados por el regreso a fecha fija y aprovechando la mejoría del tiempo, decidimos subir al día siguiente. Y así lo hicimos. Fue una cumbre técnicamente fácil pero muy gratificante.

Tras la alegre cena en el refugio y el reparador descanso, emprendemos, al día siguiente, el descenso a nuestra base en Itkol, con un tiempo estable que vaticina buenas ascensiones. Al llegar, hacemos los preparativos para salir lo antes posible. No nos podemos permitir un día de descanso, pues nos quedan cinco de estancia antes del obligado regreso e ignoramos lo que va a durar el buen tiempo que nos regala el Cáucaso en estos días.

El 21 de agosto salimos en autocar hasta el campamento de alpinismo Locomotiv, donde hemos de realizar determinados trámites burocráticos para conseguir, de nuevo, autorización para intentar subir al Ushba. Continuamos al ya conocido campamento Spartak y de allí, con magnífico tiempo, subimos por el glaciar hasta el vivac Shkhelda, donde encontramos nuestro depósito de comida y material en perfecto estado.

Jaime García Orts, en el Cáucaso con el Ushba al fondo, dedicada a Félix Méndez.

Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.



Banderín de la expedición de 1968.

Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.

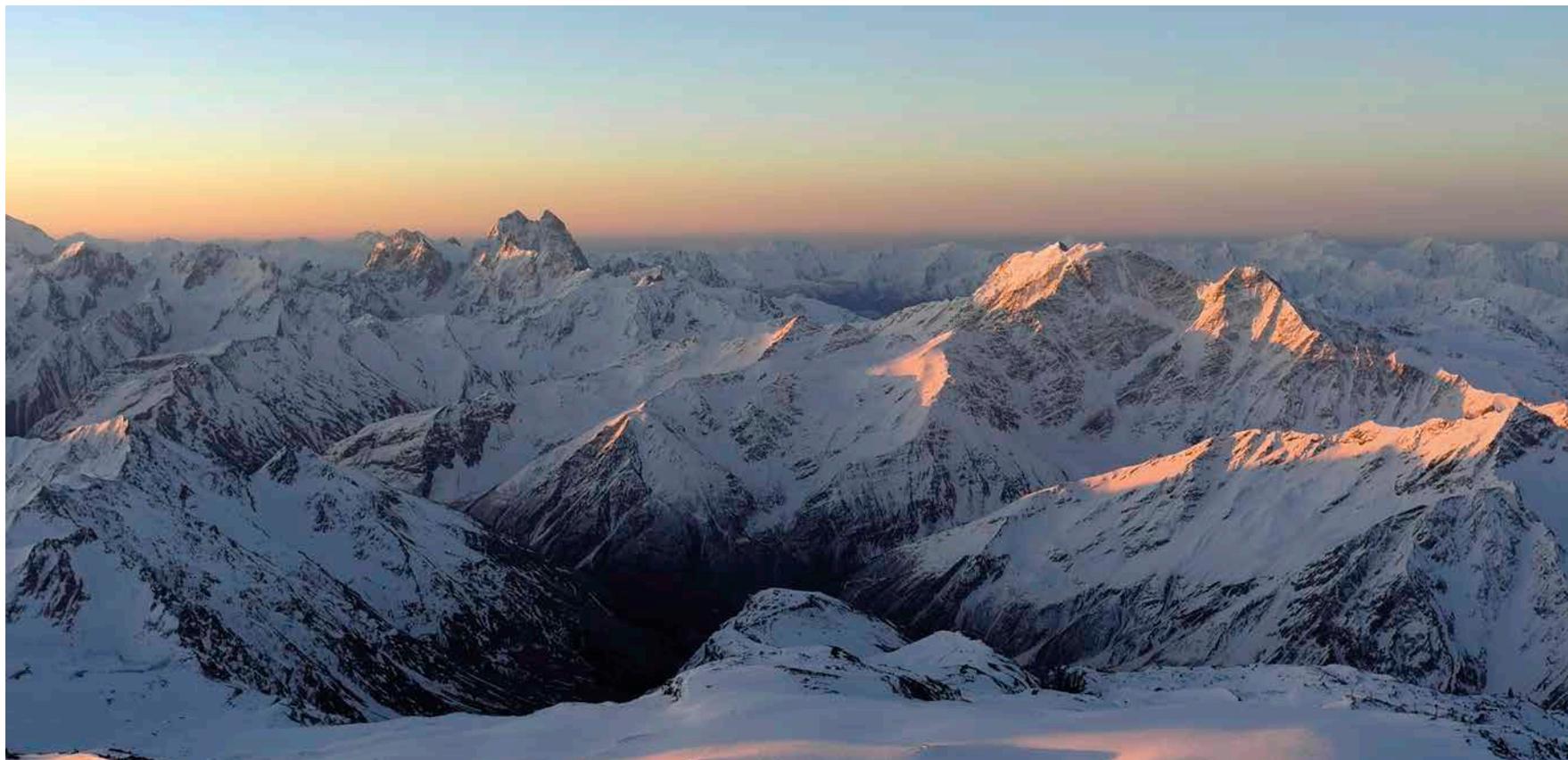


Celebramos una reunión, donde el jefe de la expedición distribuye tareas y cordadas. Al día siguiente saldrán, antes del amanecer, los dos equipos que intentarán la ascensión de la arista septentrional de la punta norte del Ushba, compuestos por Salvador Rivas y César Pérez de Tudela por un lado, y Carlos Soria y Carlos Muñoz-Repiso por otro. Luego se pondrán en marcha, aprovechando su huella entre los seracs, Félix Méndez, Mariano Arrazola, Moisés Castaño, Agustín Faus, Luis Méndez y Antonio Márquez. Su misión será montar un campamento en el collado del Ushba, a 4.000 m de altitud, como apoyo de las cordadas que van por delante, y ascender a los cercanos picos Tchatyn Tau y Schtschurowsky. El resto, liderados por Jaime García Orts, acompañado por Joaquín de la Cámara, Fernando Domingo, Manuel Oronoz y Luis Bernardo, quedarán en el refugio vivac para actuar, si procede, en caso de emergencia. Los tres grupos se comunicarán por el lanzamiento de bengalas: blanca, sin novedad; verde, éxito conseguido; roja, necesidad de ayuda. Evidentemente, no

disponíamos de los radioteléfonos, hoy medio normal de comunicación en todas las expediciones.

El 22 de agosto, todavía en plena noche, salimos las dos cordadas designadas para la cumbre del Ushba. Buscamos en el caos de grietas y seracs algún vestigio de nuestro paso hace unos días. Nada queda, pero vamos ascendiendo. Amanece, con lo que mejora nuestra orientación, y casi terminada la mañana alcanzamos el lugar donde nuestros compañeros montarán el campamento de apoyo. El tiempo es inmejorable, justo el que desea todo alpinista: sol y frío, sin atisbo de viento alguno. Una travesía horizontal nos sitúa, a eso de las 14:30, al pie del muro de nieve helada de unos 350 m, que nos conducirá a la deseada arista cimera. La pendiente es fuerte. Delante van Salvador y César. Luego los dos Carlos. Unas cinco horas después hemos superado esa gran rampa y estamos a unos 4.500 m de altitud, en el

inicio de la arista, pero atardece. Con nuestros piolets tallamos un escalón en el hielo de poco más de dos metros de longitud y algo menos de un metro de profundidad. Imposible montar la tiendecita vivac que llevamos, pero la usamos como aislante al ponerla, sin montar, para sentarnos sobre ella. Clavamos nuestros piolets en el hielo tras nosotros y nos aseguramos a ellos. A continuación, comienza la fase de transformar hielo en agua gracias al infiernillo que llevamos y que maneja César, que continuamente nos está pasando caldo, té y todo el líquido posible. También masticamos algo, pero el cuerpo nos pide líquido, y se lo damos. La noche es estrellada. De pronto caemos en la cuenta de que nuestros amigos de abajo estarán inquietos por la falta de novedades. Sacamos el lanzabengalas y alguno le pone una en la punta. Pido lanzarla yo mismo y amablemente me la pasan. Compruebo rutinariamente el color y joh, se trataba de una roja! La verdad es que no era



Panorámica de la cordillera del Cáucaso con las dos cimas del Ushba sobre la línea del horizonte.
Foto Bernard Angeliis.
Archivo Camptocamp.



Expedicionarios del Cáucaso de 1968 a su llegada a Madrid.
Colección Félix Méndez. Biblioteca Regional de Madrid.

fácil distinguirlas en la oscuridad. Inmediatamente la cambiamos por una blanca y la noche es iluminada durante unos segundos por nuestro «sin novedad». Los de abajo descansan ya tranquilos y nosotros hasta conseguimos dar alguna cabezada.

Con la primera luz, tras más líquido para el cuerpo y algo sólido, desmontamos nuestro vivac y vemos con inquietud que al sacar los piolets en los que nos asegurábamos, quedan unos agujeros en el hielo por los que se ve la otra vertiente. ¡Hemos pasado la noche en lo más alto de aquella fina arista!

Algunas nubes y algo de viento nos hacen presagiar que el tiempo está cambiando, lo que no nos impide gozar, a largos alternativos de cuerda, de una escalada mixta en arista, entre hielo y roca, hasta llegar a lo más alto. Un abrazo sin fotografía es el final de este esfuerzo. Los cuatro olvidamos las cámaras en el campo base. Inmediatamente hay que bajar. Destrepe de la arista sobre nuestras propias huellas y llegada a la plataforma que nos ha acogido durante la noche. Empiezan los rapeles. Con acierto, habíamos decidido utilizar cuerdas de cien metros y seis milímetros de grosor, usadas en doble durante la escalada, pero que nos permitieron, uniendo las dos cuerdas, hacer rapeles de cien metros, anclados sobre tornillos para hielo unidos por una driza, que allí quedaron para siempre.

Tan entretenidos estamos con el descenso, que no nos percatamos de la entrada de las nubes que, poco a poco, todo lo van cubriendo. Cuando llegamos al pie del muro, la niebla nos envuelve y solo nuestras huellas del día anterior nos permiten llegar al campamento, donde nos esperan con bebida caliente nuestros camaradas. Entonces nos damos cuenta de que, desde el frugal desayuno, no hemos probado bocado en todo el día. La euforia al conseguir la cumbre nos ha alimentado.

Al parecer, durante esa noche arreció el viento y comenzó a nevar, pero nosotros ni nos enteramos. Nos encontrábamos en estado casi cataléptico.

El descenso, al día siguiente, por la laberíntica barrera de seracs, con nuestras huellas prácticamente perdidas, no tiene más complicación que la sorpresa de observar que los mosquetones de aluminio que habíamos dejado en los anclajes de las cuerdas fijas habían sido sustituidos, sin duda por una cordada de rusos que pasó por allí un par de días antes, por otros de acero, de fabricación soviética. Les perdonamos inmediatamente la picardía, conscientes de sus carencias.

Al llegar de nuevo al vivac Shkhelda, nos enteramos de que, hace un par de días, Jaime García Orts y Manuel Oronoz han subido al pico Kawkas, superior a 4.000 m, lo que nos llena de alegría. Podemos afirmar que el balance de nuestra expedición, pese a momentos de pesimismo e incertidumbre, ha sido muy positivo.

El regreso es alegre. En Itkol nos homenajean con una cena solemne, con abundancia de discursos y brindis a base de vodka, que a alguno le sienta regular.

Por decisión de Intourist, aún debemos permanecer otros tres días en Moscú, que aprovechamos para seguir visitando museos y monumentos patrióticos, siempre acompañados de nuestra guía Sotlla.

En la tarde del 31 de agosto llegamos a Madrid, vía París. En el aeropuerto de Barajas nos espera la multitud de amigos que nos despidió a primeros de mes. Todos contagiados de la alegría que produce el éxito, que realmente ha podido ser gracias a cientos de generosos montañeros que no han escatimado esfuerzos y ayudas.

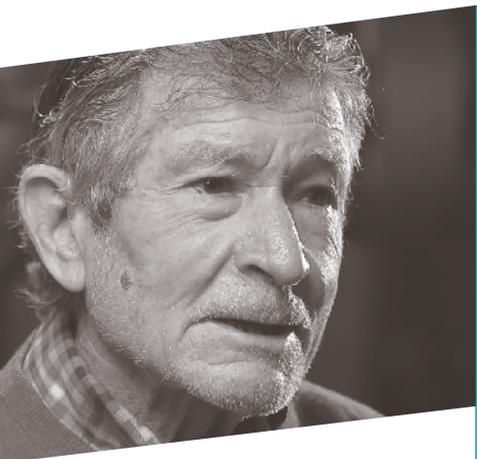
Un sueño cumplido. Un peldaño subido de la larga escalera que nos llevaría, unos años después, al Himalaya. Fue la primera expedición de españoles a una cumbre de más de ocho mil metros, y todo gracias al tesón de un hombre que se propuso un objetivo y lo consiguió: Jaime García Orts, presidente de la sección castellana del Grupo de Alta Montaña Español.

Expedición española a Alaska de 1971

CARLOS SORIA FONTÁN

Macizo del McKinley de 6.194 m,
ahora denominado Denali,
en la cordillera de Alaska.
Archivo Shutterstock.





CARLOS SORIA FONTÁN

Alpinista, empresario.

Participante en las expediciones

al Cáucaso de 1968, al McKinley de 1971
y al Manaslu de 1973 y 1975.

La expedición a Alaska de 1971, para intentar la primera ascensión española al monte McKinley (ahora llamado Denali) fue para mí y también para el resto de los compañeros muy especial y emocionante. Ya teníamos bastante experiencia en escaladas en roca y en nieve en nuestras montañas españolas y también en los Alpes y el Cáucaso. Pero Alaska y el monte McKinley era una vivencia totalmente nueva, con una logística muy complicada que pasaba por conseguir información de la montaña, el permiso para escalarla, unos cuantiosos recursos económicos y un equipo y material muy específico, pues por primera vez nos enfrentaríamos a un aislamiento y a unas temperaturas prácticamente polares. En suma, en aquellos tiempos todo era una novedad para nosotros, por lo que organizarlo nos costó dos años de intenso trabajo.

La expedición estaba aprobada por la Federación Española de Montañismo, presidida por Félix Méndez Torres, y organizada por la sección castellana del Grupo de Alta Montaña Español, presidido por Jaime García Orts.

En febrero de 1970 se anunció el proyecto y se convocó a todos los miembros activos del Grupo Castellano de Alta Montaña para ofrecerles la posibilidad de formar parte del equipo de diez alpinistas que intentaría la escalada del monte McKinley. El grupo preseleccionado fue de veintidós alpinistas, sobre los que en otoño se haría la selección definitiva. Durante este periodo se harían salidas a las montañas los fines de semana, una salida en

Semana Santa a los Pirineos, en verano otra a los Alpes y también quedábamos dos días a la semana para correr en la Casa de Campo. Además, se llevarían a cabo los oportunos exámenes médicos para controlar la evolución de los entrenamientos.

A finales del otoño de 1970, después de valorar el nivel técnico, la adaptación al grupo, la convivencia y los resultados médicos, se realizó la selección definitiva de los diez alpinistas, todos pertenecientes al Grupo de Alta Montaña Español, que intentarían la ascensión a los 6.194 m del McKinley. Los seleccionados fueron: Jaime García Orts, jefe de la expedición, Salvador Rivas, director técnico, Carlos Muñoz-Repiso, Carlos Soria, Luis Bernardo Durand, Antonio Márquez, Luis Méndez, Jerónimo López, Carmelo Rada y Faustino Palacio. Además, el grupo se completaba con Faustino Durán, secretario y relaciones públicas, Agustín Faus, enviado especial del diario deportivo AS, Mariano Arrazola, neurocirujano y experto en medicina de montaña, y Rafael Pellús, responsable de filmar la película de la expedición por encargo de la Delegación de Educación Física y Deportes.

El presupuesto para la expedición fue de 1.600.000 pesetas, unos 9.600 €, que se consiguió en un 80 % de entidades oficiales y el resto de sociedades y entidades particulares, venta de libros y postales, donaciones particulares, venta de lotería, rifas, etc.

Teníamos previsto permanecer en la montaña unos treinta días, por lo que hubo que calcular muy bien la alimentación y el combustible. La mayor parte de la alimentación se llevó desde España y una pequeña parte se compró en Alaska. Gracias a la colaboración de Cirilo Rodríguez, corresponsal de TVE en Nueva York, y al consulado español en esa ciudad, pudimos comprar en Estados Unidos gas propano, ya que debido a las bajas temperaturas sabíamos que el butano no funcionaba bien.

Sobre el equipo que debíamos utilizar, nos preocupaba mucho la protección de nuestros pies. Las autoridades del propio Parque Nacional nos recomendaron las botas «Corea», ya que se habían utilizado en una ascensión invernal con éxito. Pudimos conseguir un par de ellas para analizarlas y no nos convencieron, pues eran totalmente de goma y no transpiraban nada. Nos decidimos por las botas alemanas «Lowa», de cuero y con dos botines, a lo que unimos unos cubrebotas de nailon. Gracias a este material, ninguno de nosotros tuvo problemas de congelación. En cuanto al modo de movernos por aquellos glaciares, las autoridades del Parque nos obligaron a llevar raquetas, pero nosotros en general éramos buenos esquiadores de montaña y conseguimos que nos permitieran llevar también esquís. Al final las raquetas solo las utilizamos para pisar la pista en que aterriza la avioneta al final de

la expedición. El resto del equipo, parte fabricado en España y el resto comprado en Francia, nos protegió perfectamente del intenso frío y del mal tiempo que soportamos.

Salimos de Madrid el 28 de junio, vestidos con nuestros elegantes uniformes: pantalón gris, chaqueta azul y corbata con los colores de España. Esa oficialidad y uniformidad en el vestir nos facilitó resolver muchos problemas con el pesado equipaje. Recuerdo que, tras pasar finalmente todos los controles del aeropuerto, mientras esperábamos para subir al avión, nos abrazamos emocionados y nerviosos. ¡Por fin, tras dos años de dedicación, partíamos hacia Alaska, no era un sueño!

Al llegar a Nueva York nos esperaba un equipo de TVE. Después de las entrevistas nos indican que Martín-Gamero, cónsul entonces de España en Nueva York, y los periodistas Jesús Hermida y Cirilo Rodríguez, nos esperan en el consulado. Allí todo son ayudas y facilidades. Cirilo Rodríguez nos acompaña a visitar la ciudad y nos comunica que está todo resuelto y que el gas propano está perfectamente protegido y enviado ya hacia Anchorage. Nos sentimos unos privilegiados y muy emocionados por las atenciones recibidas, que refuerzan la sensación de que la expedición es importante para nuestro país. Al día siguiente volamos hacia Anchorage. El vuelo fue un maravilloso espectáculo que a menudo nos obligaba a apiñarnos en las ventanillas... Primero vimos las cataratas del Niágara; luego, al cruzar Canadá, pasamos cerca de los montes San Elías y Logan, completamente cubiertos de nieve y con enormes glaciares descendiendo hacia el Pacífico; poco después, inmensos bosques y una densa vegetación nos anunciaron que entrábamos en Alaska... Y allí, nada más desembarcar, fuimos recibidos por el Club de los Leones de Alaska con pancartas de bienvenida.

La presencia de «Los Leones» en el aeropuerto tenía su explicación. Durante la preparación del viaje tuvimos la satisfacción de ser recibidos en audiencia por S. A. R. el príncipe Juan Carlos de Borbón, que estuvo muy amable y cercano con el grupo. Pero además tuvimos la suerte de que, después de nosotros, recibiera también a los miembros de la Asociación Internacional del Club de los Leones, quienes comentaron a don Juan Carlos sus acciones filantrópicas. El príncipe, que estaba informado de nuestras dificultades económicas, les sugirió que nos ayudaran a través de sus compañeros de Alaska, y aquella sugerencia poco después se hizo realidad. «Los Leones» de Alaska nos acogieron con todo cariño y nos ayudaron muchísimo. En Anchorage nos instalaron en el gimnasio de la universidad, donde dormimos sobre las colchonetas. Teníamos espacio para preparar el equipaje y contábamos con un *self-service* con precios muy



Travesía glaciar entre campamentos durante la ascensión al McKinley.
Colección Carlos Muñoz-Repiso.

asequibles. También nos ayudaron en las compras, en los trámites de la aduana y en facturar todo el material y la comida.

El superintendente del Parque Nacional, a la vista de nuestra documentación e historiales, decidió que no era necesario revisar nuestro equipo y material, por lo que todo resultó muy fácil, en gran medida gracias a «Los Leones», quienes además, terminados los trámites, nos invitaron a comer en sus casas.

El 2 de julio viajamos por ferrocarril con todo el material y la comida hasta Talkeetna, una pequeña población con las casas de madera en la que nos chocó ver a alguna persona con pistola al cinto. En este pueblo nos recibió Ray Genet, un alpinista muy reconocido y guía del McKinley, que colaboraba con el famoso piloto de los glaciares Don Sheldon. En el pequeño pueblo desde el que volaríamos a la montaña nos acomodaron en el hangar que sirve de almacén para las expediciones, donde coincidimos con una expedición japonesa que estaba bajando del pico. Los japoneses nos informaron de que habían tenido bastante buen tiempo y que habían tardado veinte días en subir a la cumbre del McKinley. Tres miembros de la expedición traían congelaciones en manos y pies y entre nosotros hizo fortuna la frase: «Cuidadito, que no queremos terminar como los japoneses». Poco después llegó Don Sheldon con su avioneta y nos comentó que le quedaba un viaje con los japoneses y que después empezaríamos a volar hacia el glaciar.



Avioneta mediante la que se accede al campo base.
Colección Carlos Muñoz-Repiso.



En el glaciar de Kahiltna.
Colección Carlos Muñoz-Repiso.



Campamento IV de la expedición al McKinley.
Colección Carlos Muñoz-Repiso.



Miembros de la expedición llegando a la cumbre del McKinley. Colección Carlos Muñoz-Repiso.

Los problemas y las características de la ascensión al McKinley a grandes rasgos son los siguientes: la distancia entre el campo base y la cumbre es de 27 km; es necesario montar cinco campamentos, ya que el desnivel entre el campo base y la cumbre es de 4.090 m. Es interesante resaltar este dato: en ninguno de los catorce ochomiles existe esa diferencia de altitud entre inicio y final de la ascensión. Por ejemplo, en el Everest el desnivel entre el campamento base y la cumbre es de 3.548 m. Otra de las peculiaridades de esta montaña es que desde que llegas al campo base has de ser totalmente autosuficiente, por lo que hay que calcular muy bien la comida y el combustible. Otro hecho distintivo es que toda el agua se obtiene fundiendo nieve, lo que obliga a llevar mucho combustible y también a estar continuamente atendiendo esta labor. En Alaska no se cuenta ni con sherpas ni con porteadores, por lo que todo lo han de hacer los expedicionarios.

El McKinley está situado a tres grados del círculo polar ártico y las temperaturas con mal tiempo y sin sol pueden llegar a -50 °C, pero con buen tiempo y con sol suben tanto que en un día puede haber una amplitud de temperaturas de más de cincuenta grados.

Todo lo anterior ya lo sabíamos, pero ahora había llegado el momento de enfrentarse a ello con decisión y eficacia. Nos respaldaban dos años de entrenamientos y las muchas horas pasadas pensando en estos problemas. Ahora teníamos toda la confianza en estar preparados para solucionarlos. Además, esta cordillera ofrece una ventaja hasta ahora desconocida: en esta época del año no se hace nunca de noche y tan solo durante unas pocas horas se pone el sol.

El 4 de julio ya estaba toda la expedición y nuestro material en el campo base, que llamaremos desde ahora C-I. Al día siguiente, según fuimos

llegando, empezamos a colocar las tiendas y a organizar el transporte para montar los cinco campamentos superiores. Decidimos que, como siempre había luz, íbamos a hacer turnos de descanso y transporte para no alterar demasiado nuestros cuerpos. Por el momento el tiempo era muy bueno y no podíamos desaprovecharlo, por lo cual los que llegaron en los primeros vuelos subieron rápido a montar el C-II.

Con el buen tiempo y la excelente coordinación del equipo, nos movimos muy deprisa. Convencidos de que había que aprovechar un periodo de tiempo tan estable, Carlos Muñoz-Repiso, Luis Bernardo Durand, Salvador Rivas y yo fuimos abriendo camino mientras los restantes compañeros iban acondicionando y avituallando los campamentos que dejábamos atrás. En todos ellos construimos muros con bloques de nieve para proteger las tiendas de los fuertes vientos árticos. El día 6 decidimos subir junto con Jerónimo, Carmelo, Jaime, Faus y Luis Méndez a montar el C-III. Jerónimo, Carmelo y nosotros cuatro subiríamos con nuestro equipo personal y las tiendas. Los otros tres compañeros llevarían comida, combustible y material, y desde el C-III se volverían al campamento inferior. Durante la ascensión nos cruzamos con tres alpinistas de una expedición americana. Nos dijeron que bajaban muy cansados y que habían tardado dieciséis días en alcanzar la cima. Uno de ellos llevaba una mano congelada, el otro la cara muy quemada y el más joven decía que no sentía los pies. Les comentamos que en el C-II podían entrar en nuestras tiendas y comer y beber lo que necesitasen. Los americanos iban con raquetas, a diferencia de nosotros, que subíamos todos con los esquís y las pieles de foca. Finalmente llegamos al C-III. Los cuatro del equipo de punta, junto a Carmelo y Jerónimo, nos quedamos montándolo mientras nuestros tres

compañeros se bajaron esquiando. Su esfuerzo y apoyo fue definitivo para poder montar este campamento, lo que a la larga influyó bastante en el resultado final de la expedición.

Pernoctamos en el C-III y, cuando nos levantamos, observamos que el tiempo había cambiado, pues estábamos envueltos en la niebla y caía una ligera nevada, por lo que dudamos si continuar hacia el C-IV. Finalmente decidimos seguir y, mientras subíamos, fuimos señalizando el camino con banderas. Jerónimo y Carmelo nos acompañaron para llevar carga y luego se volvieron para instalarse en el C-III. Ellos serían los siguientes en intentar la cumbre. Este sistema de lanzadera nos estaba dando muy buen resultado, pues siempre había alguien en el campamento inferior por si surgía algún problema.

El día 8 de julio amaneció un día espléndido, con un precioso mar de nubes que cubría los campamentos inferiores, del que asomaban muchas montañas entre las que destacaba el Foraker con sus 5.304 m. El espectáculo fue inolvidable. Ahora lo lógico era esperar aquí un día a que subieran Jerónimo y Carmelo con su equipo, nos ayudaran a subir peso hasta el C-IV y se bajaran a dormir al C-III. Este plan a nosotros nos serviría de descanso y aclimatación y facilitaría nuestro ascenso, pero nos encontrábamos fuertes y debíamos aprovechar la racha de buen tiempo. Empezamos a preparar nuestras mochilas, en las que metimos todo nuestro equipo personal, comida y combustible para resistir por arriba un mínimo de cinco días, incluso siete si lo racionábamos. Sabíamos que en el C-V había una gruta de hielo donde podíamos dormir, pero íbamos a subir dos tiendas pequeñas por si no la encontrábamos o teníamos que parar antes. Pronto nos encontramos con una gran pala de nieve y hielo que acababa en el espolón oeste. Es la pendiente más vertical de todo el recorrido, que superaremos en dos cordadas. No hacía nada de viento y con la reverberación de la nieve el calor era insoportable, por lo que nos desabrigamos para no sudar tanto. Más tarde encontramos un tramo con cuerda fija que habían puesto otras expediciones y de este modo pudimos acceder al espolón oeste. El panorama cambió radicalmente, pues al asomar a la arista nos zarandeaba un fuerte viento y el frío era muy serio. Rápidamente nos pusimos toda la ropa que llevábamos para continuar por la arista, con mucho cuidado por el frío y el viento. A unos 5.200 m, donde finaliza la arista, tuvimos la suerte de encontrar la gruta de hielo, en la que nos instalamos sin perder tiempo. En su interior hacía el mismo frío que fuera, pero se estaba a resguardo del viento. Pronto nos dimos cuenta de que nuestro cobijo no era una nevera, sino más bien un congelador. A pesar de ello tuvimos la moral de salir a contemplar el atardecer, que mostraba

una luz rojiza por donde se había ocultado el sol, con un paisaje inmenso, gris y silencioso. Era tanta la emoción por lo que estábamos presenciando que casi ni nos dábamos cuenta del viento.

Día 9 de julio. Con mucho frío y muy lentamente preparamos nuestro desayuno. El día era bueno, pero no sabíamos cuánto tiempo se iba a mantener así. Teníamos por delante 900 m de desnivel hasta la cumbre y en una altitud ya considerable, sobre todo si se considera que habíamos hecho la ascensión sin demasiada aclimatación. Quizás por ello empezamos a notar el cansancio acumulado. Así las cosas, nos reunimos las dos cordadas y analizamos que el día 4 habíamos salido del C-I y no habíamos parado a descansar en ningún momento y ayer, el día más duro, habíamos subido demasiado cargados. Normalmente, las expediciones emplean en subir una media de catorce días y nosotros estábamos subiendo en cinco. Tras considerar estas razones, decidimos retornar a la cueva a descansar, comer e hidratarnos.

Día 10 de julio. Ha nevado un poco y hay unas nubes raras, pero que no nos parecieron de mal tiempo. Salimos hacia la cima turnándonos para abrir huella mientras la cumbre parecía alejarse según ascendíamos. Cerca de los 6.000 m el viento se hizo más fuerte y nos castigó constantemente, pero estábamos seguros de que íbamos a llegar a la cumbre, y llegamos. ¡¡¡Estábamos en la cima del McKinley!!! Abrazos, lágrimas y fotos mientras el viento nos zarandeaba. La alegría era mucho más fuerte que el propio viento y el frío; nos encontrábamos los cuatro amigos en un mirador excepcional, rodeados de cientos de montañas blancas y todas por debajo de nosotros. La alegría y la satisfacción eran enormes, pero pronto recordamos que había que bajar cuanto antes, pues sabíamos que bastante más de la mitad de las expediciones que ascienden a esta cumbre acaban con congelaciones.

Lo que nos había costado ocho horas subir lo bajaríamos en dos. En el C-V recogimos nuestro equipo personal y dejamos comida y combustible para los siguientes compañeros que subieran. Al llegar al C-IV vinieron a nuestro encuentro Jerónimo y Carmelo, que nos recibieron con alegres abrazos mientras nos ofrecían la bebida que nos habían preparado y algo de comer. Carlos y Luis decidieron quedarse allí, mientras Salvador y yo nos bajamos al C-III, deseando comunicar a Jaime García Orts, el jefe de la expedición, la gran noticia de la consecución de la cima. Según bajábamos el tiempo iba empeorando y empezó a nevar, por lo que agradecemos mucho las banderas que pusimos a la subida. Al llegar al campamento y darles la buena noticia se llevaron una grandísima alegría. No paraban de preguntarnos detalles de la ascensión mientras se desvivían



En la cumbre del McKinley el 10 de julio de 1971. Colección Carlos Muñoz-Repiso.

en atenderlos, insistiendo en que bebiésemos y comiésemos continuamente. Jaime estaba muy emocionado y no paraba de abrazarnos. Al final nos metimos en una tienda con toda la ropa y una cantimplora de agua caliente en el saco. Sí, de verdad que estábamos muy cansados. Habían sido 900 m de subida y 3.000 de bajada, pero nos encontrábamos enteros y sin problemas. Se habían hecho valer los dos años de entrenamientos con el pensamiento puesto en el McKinley.

Durante los días 10, 11, 12 y parte del 13 no paró de nevar, a lo que acompañó un fuerte viento. De hecho, Carlos y Luis no pudieron bajar al C-III hasta el día 13, en el que aprovecharon un claro. En estos días solo salimos de las tiendas para palear nieve y evitar que se rompieran. El día 14 empezó con muy buen tiempo, por lo que varios compañeros subieron al C-IV para apoyar la ascensión a la cima de Jerónimo y Carmelo y luego, si las condiciones lo permitían, de todos los restantes que se encontraran bien. A los cuatro que habíamos alcanzado el punto más alto de Norteamérica nos tocaba apoyar a los compañeros, por lo que bajamos al C-II para subir combustible y comida. Nunca olvidaré aquella bajada. Era un día magnífico y la nieve estaba perfecta. Tras descansar cuatro días en el C-III por el mal tiempo y con la satisfacción y alegría de haber conseguido la cumbre, estábamos fuertes y contentos, por lo que pasamos un buen rato comiendo y bebiendo con los compañeros del C-II. Poco

después iniciábamos la subida para abastecer el campamento superior, pero súbitamente el tiempo empeoró y tuvimos que soportar un frío helador. Gracias a que, a pesar de hacer muy bueno, nos habíamos traído toda la ropa de protección, nos pudimos abrigar, pero llegamos al C-III al límite. Los días posteriores el clima siguió bastante mal; hubo una pequeña mejoría que Jerónimo, Carmelo, Faustino Palacios y Mariano Arrazola aprovecharon para subir hasta el C-V, desde donde intentar la cumbre, pero finalmente no pudo ser.

El día 19 de julio, después de desmontar los campamentos superiores, empezamos a bajar con todo el material, para lo cual improvisamos un trineo con unos esquís que encontramos y con una lona y unos herrajes que llevamos para hacer una camilla de fortuna, por si había que evacuar algún herido. Lo cargamos con las raquetas, las tiendas y todo lo que pudimos, y juntos, encordados y a golpe de brújula, fuimos bajando por el gran glaciar. El día 22 estaba el grupo completo con todo el material en el C-I, desde donde avisamos a Don Sheldon para que viniera a recogerlos cuando el tiempo lo permitiera. Hasta el día 27 no pudo intentarlo y nos pidió que, debido a la mucha nieve acumulada, le preparáramos una pista de 1 km con una anchura de 15 m. Todos unidos en batería fuimos compactando la nieve del glaciar con las raquetas. Llegó y aterrizó, pero luego no le fue posible despegar con peso, por lo que tuvo que salir él solo y con dificultades. El 28 amaneció muy bueno y, con mucho ánimo, volvimos a pisar la pista con todas nuestras fuerzas: así fue posible que despegara el primer vuelo con tres expedicionarios. El 29 estábamos todos en Talkeetna, donde nos dedicamos a secar y embalar el material, la mayor parte del cual volvería a España en barco.

Finalmente, el día 1 de agosto volvimos a abrazar a nuestra familia y a nuestros amigos en Madrid.

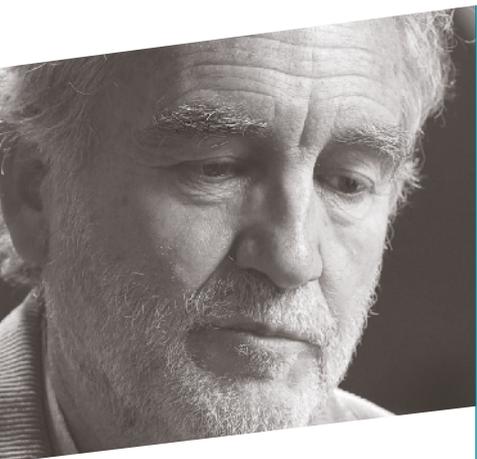
A lo largo de mi vida de alpinista he estado en más de cincuenta expediciones, en algunas ocasiones solo, compartiendo permiso y campo base con otros alpinistas, y en otras con magníficos compañeros, pero puedo afirmar que nunca he vivido un espíritu de equipo como el de esta ascensión en Alaska. Todo el grupo sin excepción se esforzó hasta el límite para que la expedición tuviera éxito y llegara alguien a la cumbre. Creo que, desde el momento que salimos de España vestidos con aquel uniforme y la corbata con los colores de la bandera española, fuimos conscientes de que estábamos representando a nuestro país, y pienso sinceramente que lo dejamos en buen lugar, tanto social como deportivamente. También pienso que esta experiencia fue muy importante para los proyectos de expediciones de los años posteriores.

*Las dos primeras
expediciones madrileñas
al Himalaya.
Manaslu, 1973 y 1975*

JERÓNIMO LÓPEZ MARTÍNEZ

El Manaslu, de 8.163 m,
en el Himalaya, es la octava
montaña más elevada de la
Tierra. Foto Sergii Charnov.
Archivo Shutterstock.





JERÓNIMO LÓPEZ MARTÍNEZ
Alpinista, geólogo, profesor de universidad.
Participante en las expediciones al McKinley
de 1971 y al Manaslu de 1973 y 1975.

Plantearse escalar una montaña de más de ocho mil metros en el Himalaya no era lo mismo a principios de los años 70 que hoy en día. Como es lógico, tampoco era entonces como lo había sido cincuenta años antes. No obstante, tengo la impresión de que la aceleración de los cambios sociales y tecnológicos a lo largo del tiempo hace que las diferencias sean mayores en el último medio siglo que en el anterior periodo de igual duración.

Cuando en el seno de la sección castellana del Grupo de Alta Montaña Español (GAME) se planteó una primera expedición al Himalaya, no se partía de cero. Las expediciones de 1968 al Cáucaso y la de 1971 a Alaska habían proporcionado, por un lado, una valiosa experiencia y confianza para enfrentarse a altas y lejanas montañas y, por otro, había contribuido a configurar un núcleo de alpinistas capacitados, motivados y con vínculos entre ellos como para abordar juntos la aventura que suponía ese proyecto.

Contexto de las expediciones

En aquellos tiempos, en mucha mayor medida que ahora, la aventura no incluía solo escalar la montaña. Identificar y reunir información sobre el objetivo no era algo inmediato ni sencillo. Tampoco lo era conseguir la financiación necesaria y organizar la expedición.

El inicio del proyecto para ir al Himalaya en 1973 fue tras el regreso en 1971 de la expedición que consiguió la primera ascensión española al monte McKinley (actualmente denominado Denali), de 6.194 m. La selección del equipo expedicionario, tal como había sido en las dos expediciones previas, estuvo abierta a los miembros del GAME castellano.

La elección como objetivo del Manaslu, de 8.163 m, la octava montaña más alta del mundo, surgió del grupo que lideraba el proyecto, del que además de Jaime García Orts –entonces presidente del GAME castellano y que había sido jefe de la expedición a Alaska–, formaban parte, entre otros, Carlos Soria, Salvador Rivas, Carlos Muñoz-Repiso y Luis Bernardo Durand, ya entonces experimentados alpinistas.

Muchas cosas de nuestra vida y del contexto social eran entonces considerablemente diferentes a las actuales: la televisión en color estaba en sus inicios y faltaban varias décadas para que existiesen los teléfonos móviles o internet. El material especializado de montaña no llegaba fácilmente a España y era muy distinto del actual (vestimenta con tejidos clásicos, pantalones bávaros, botas de cuero, tiendas más para camping que para alta montaña, piolets de madera...). Las salidas a la montaña las hacíamos normalmente en autobús colectivo, y visitábamos con frecuencia los clubes y la federación de montaña. También eran muy diferentes de las actuales las comunicaciones, la previsión meteorológica y las posibilidades de financiar las expediciones.

Cuando en 1973 partíamos hacia el Manaslu, la montaña había sido escalada previamente por cinco expediciones: los japoneses en 1956, por otra expedición japonesa en 1971, posteriormente por italianos y austriacos en 1972, por alemanes en la primavera de 1973 y finalmente de nuevo por japoneses en mayo de 1974. Precisamente el jefe de esta última expedición, Gerhard Schmatz, que además había alcanzado la cumbre, nos proporcionó información muy interesante, sobre todo cuando nos entrevistamos con él al invitarle a dar una conferencia en Madrid.

Impresiones y recuerdos personales

Ir al Himalaya suponía para mí una gran ilusión. Era algo extraordinario para un joven estudiante y un entusiasta alpinista. La información sobre montañas lejanas, sobre todo en nuestro idioma, era escasa y difícil de conseguir. Eso dejaba mucho margen a la imaginación. Todos habíamos leído los clásicos libros *Annapurna primer 8.000*, de Maurice Herzog, y *La ascensión al Everest* de John Hunt, que habían sido traducidos al español,

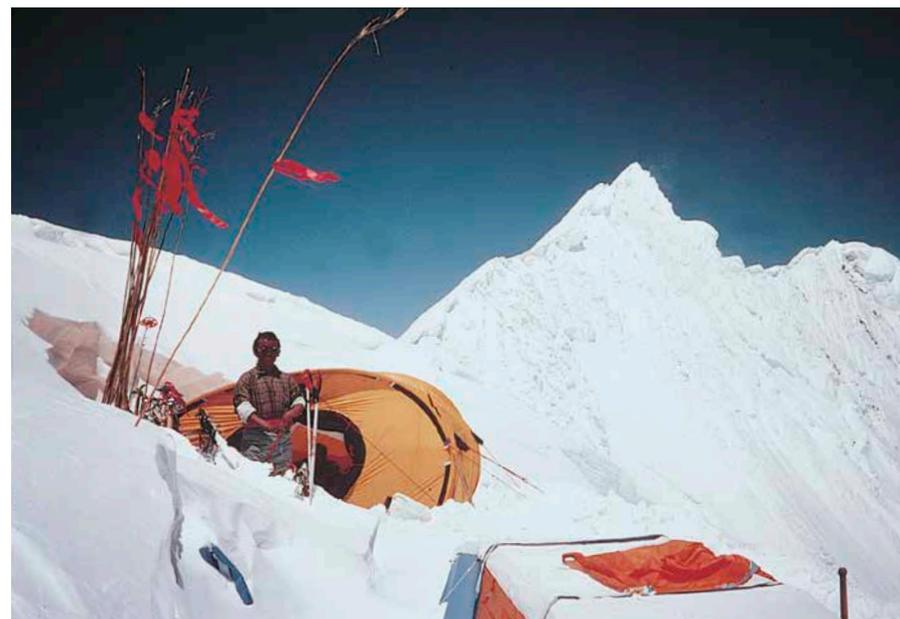
sobre aquellas famosas expediciones desarrolladas dos décadas antes de la nuestra, y habíamos soñado con visitar algún día esa gran cordillera y experimentar la vivencia de sus grandes altitudes.

Personalmente me sentía muy afortunado de formar parte de aquella primera expedición castellana al Himalaya. De verme incluido en un grupo con compañeros que tenían capacidad para organizar aquella expedición y para tomar las muchas decisiones que serían necesarias durante su desarrollo. Yo había escalado previamente montañas difíciles en España y en los Alpes, y formado parte de la expedición a Alaska de 1971, pero sin duda ir a un ochomil en el Himalaya era posible, en mi caso, gracias a formar parte de aquel grupo.

Todo fue emocionante y sorprendente para mí: el primer contacto con Asia, especialmente con el extraordinario país que es Nepal, la estancia en Katmandú (adonde, entonces, solo llegaban pequeños aviones desde la India o Pakistán, no reactores) y el ambiente de la preciosa ciudad, entonces con muy pocos turistas y sin agencias de *trekking*. El gobierno nepalí concedía permiso a una sola expedición a cada montaña y lo normal era no coincidir con ningún otro grupo fuera de Katmandú, como ocurrió en nuestro caso.

Guardo un especial recuerdo de la primera marcha de aproximación al Manaslu. Me produjo una sensación que se ha repetido en las expediciones al Himalaya y a otras grandes cordilleras que he ascendido posteriormente. Me resultó muy atractivo caminar todos los días durante casi dos semanas, descubrir nuevos paisajes tras cada recodo del camino, ver nuevas cumbres al traspasar collados y crestas, e ir acercándome a nuestro objetivo a ese ritmo, sintiendo la naturaleza y las dimensiones de aquella cordillera de modo muy directo. Las marchas de aproximación en las grandes cordilleras siguen pareciéndome una de las partes más atractivas de las expediciones, y con las que más he disfrutado. Además, para mí, como estudiante de Geología, tenía atractivos adicionales visitar la cordillera que encierra las montañas más altas de la Tierra y reconocer las grandes estructuras geológicas que cruzábamos en nuestro itinerario por su vertiente meridional, según nos acercábamos a las grandes cimas y sus glaciares.

En aquella primera expedición, como lo ha sido siempre para mí al escalar montañas, un aspecto fundamental fueron las vivencias compartidas con los compañeros. Muchos eran ya buenos amigos, de los que había aprendido muchas cosas desde mis inicios en la montaña. El ambiente fue excelente en las expediciones de 1973 y 1975, y en ello tuvo un papel esencial Jaime García Orts, con su talante siempre amable y conciliador.



Desenterrando las tiendas tras las fuertes nevadas del otoño de 1973. Colección Peñalara.

El intento de 1973

Finalmente, el grupo expedicionario salió de Madrid el 26 de agosto de 1973. Lo formábamos doce miembros, nueve de los cuales habíamos participado dos años antes en la expedición a Alaska. Hoy sería sorprendente ver a un grupo partiendo vestido de aquel modo hacia una gran montaña. Íbamos todos uniformados con pantalón gris, chaqueta azul oscuro, camisa blanca y corbata oficial del Consejo Superior de Deportes, como si fuésemos a las Olimpiadas. Eran otros tiempos.

Tras la larga marcha de aproximación desde Trisuli Bazar, llegamos a la aldea de Sama, situada a 3.300 m, en una zona donde se ensancha el valle del río Buri Gandaki, que habíamos recorrido durante trece días. Es algo excepcional que un ochomil tenga un pueblo a su pie, con prados, ganado y habitantes. En este caso incluso con un pequeño monasterio budista, con cuyo lama llegaríamos a tener bastante trato y una excelente relación.

El campamento base quedó instalado a 4.300 m y el campamento 1 a 5.100 m. Desde que llegamos a la montaña, el mal tiempo y las nevadas fueron lo habitual. Durante alguna noche se acumularon hasta 30 cm de nieve y el abrir huella requería continuos esfuerzos. Tras haber instalado el

campamento 2 en el Naike Col, a 5.600 m, y abrir la ruta hasta los 6.000 m de altitud, el mal tiempo mantuvo retenido a un grupo en ese campamento. No cesaba de nevar y la gran cantidad de nieve acumulada provocaba grandes avalanchas desde las laderas superiores de la montaña. Una noche, el polvo y el viento de una de ellas alcanzaron el campamento y rompieron varias tiendas, a pesar de estar en un lugar que nos había parecido seguro. Pero las dimensiones de las avalanchas hacían que sus efectos llegasen a propagarse cuesta arriba en la ladera de enfrente de donde venían. Nos vimos obligados a trasladar el campamento al mismo collado, más expuesto al viento, pero más seguro. La persistencia del mal tiempo y las condiciones en que estaba la montaña nos hicieron retirarnos. Yo no había visto antes, ni he vuelto a ver posteriormente, semejante acumulación de nieve ni aludes de esas dimensiones. No resultó fácil descender en medio de la niebla, escuchando el rugir de las avalanchas a nuestro alrededor y con las grietas del glaciar apenas identificables bajo más de un metro de nieve reciente pero poco consistente.

Resultó duro abandonar, pero no nos desanimamos ni se nos quitaron las ganas de volver a intentarlo. La idea de regresar estaba tan asentada en nosotros que le pedimos al lama que nos guardase parte del material que nos sería útil en el siguiente intento, que estábamos decididos a hacer lo antes posible.

La expedición de 1975

Tras conseguir un nuevo permiso, dieciocho meses después volvíamos a Nepal, esta vez en el periodo premonzónico, es decir, en primavera. El grupo lo formábamos de nuevo doce personas, nueve que ya habíamos participado en la expedición anterior. Aunque no había pasado mucho tiempo, Katmandú mostraba algunos cambios y ya era más visitado por extranjeros.

Nos beneficiaba la experiencia adquirida en la expedición anterior, el conocer Katmandú y la marcha de aproximación, que en esta ocasión hicimos en diez días gracias a encontrar mejores condiciones (sobre todo para cruzar los ríos), tener buenos contactos en Sama y conocer la ruta y los primeros campamentos de la montaña.

Resultó muy agradable reencontrarnos en Sama con el lama y los habitantes que ya conocíamos. Tras instalar el campamento base a 3.850 m y el 1 a 4.900 m, volvimos a situar nuestro campamento 2 en el Naike Col, a 5.600 m. Superamos la máxima cota alcanzada la vez anterior y montamos el campamento 3 a 6.300 m.



Grupo expedicionario al Manaslu de 1975. *Desnivel*.

Una vez instalado el campamento 4 en el collado Norte, a 7.000 m, varios miembros de la expedición nos encontrábamos en condiciones de intentar seguir hacia la cumbre. Se acordó que ese intento lo haría la cordada formada por Carlos Soria, Salvador Rivas y Miguel López. A ellos les correspondía abrir el paso hacia la loma superior a través de la lengua de hielo que había seguido anteriormente la expedición alemana, que la bautizó como «el Yunque». Era más difícil que el tramo de la ruta original japonesa, pero estaba menos expuesta a la caída de seracs, los bloques de hielo en los que se fragmentan los glaciares. Al escalar la rampa helada de unos 50 grados de inclinación situada a unos 7.200 m, Carlos Soria sufrió las consecuencias de aquel esfuerzo y se vio obligado a renunciar. Salvador y Miguel pasaron una mala noche en la tienda del campamento 5, a 7.500 m, y al día siguiente apenas pudieron ascender unos 200 m, sin llegar a alcanzar la zona más aplanada en la que desemboca el Yunque.

A Gerardo Blázquez, al sherpa Sonang y a mí se nos había encargado apoyar el intento de nuestros compañeros y ayudarles en su regreso de la cumbre en caso necesario, ofreciéndose la posibilidad de realizar una ascensión adicional si todo iba bien. Sin embargo, las circunstancias nos situaron como la cordada que debía reemplazar a nuestros compañeros.

Superamos el muro difícil del Yunque y nos dispusimos a pasar la noche en el campamento 5, situado en un lugar con bastante pendiente. Sonang no quería dormir solo en semejante lugar y accedimos a pasar la noche los tres en la misma tienda, a pesar de la incomodidad por ser para dos personas. El tiempo se deterioró y nos vimos obligados a permanecer todo el día siguiente en ese campamento. Eso sí, para la segunda noche a 7.500 m, logramos que Sonang durmiese en la otra tienda, a lo que accedió al estar atado a nosotros con una cuerda que salía de su tienda y entraba en la nuestra.

Al día siguiente, 26 de abril, un mes después de haber llegado al campamento base, los tres iniciábamos la escalada del último tramo de la montaña. Remontamos la pendiente con nieve profunda de la parte superior del Yunque y alcanzamos la amplia zona más aplanada de la loma superior. Allí, nuestra ruta se unía con la seguida por la expedición austriaca de 1972, en la que había participado Reinhold Messner, con quien habíamos hablado durante una visita suya a Madrid. Sabíamos que sus dos compañeros habían fallecido en aquella zona, perdidos en la ventisca cerca de donde tenían su tienda. Eso nos hizo comprender lo que significaba el cuerpo que vimos sobre la nieve endurecida por el viento hacia los



Abasteciendo los campamentos superiores con el Pináculo Este del Manaslu, de 7.992 m, al fondo. *Desnivel.*

7.850 m. Estaba boca abajo, con la capucha puesta y con el pico del piolet clavado en la nieve. Debió de ser por un sentimiento de respeto compartido por lo que, sin decir nada, ninguno lo tocamos ni lo fotografiamos. Continuamos el ascenso con aquella imagen en la mente. Superamos varias rampas de nieve endurecida con escalones algo más empinados, sobre todo el último, que conduce a la cumbre en una cresta con varios pináculos donde aflora la roca.

Mis sensaciones al llegar a la cumbre eran una mezcla de satisfacción y alegría por haber conseguido el objetivo y por los compañeros del equipo, así como alivio por no tener que seguir subiendo, e inquietud por el descenso. Además, se iban acercando las nubes. Esas nubes nos envolvieron a ratos mientras descendíamos por las amplias rampas de la zona superior de la montaña, en las que hay pocos elementos que destaquen. Cuando se redujo la visibilidad, el volver a encontrar el cuerpo del escalador austriaco nos sirvió de referencia. Descendimos el Yunque y, con las últimas luces, llegamos a las tiendas del campamento 4. Al encontrarnos con los compañeros y hablar por radio con los que se encontraban más abajo es cuando fuimos más conscientes de la alegría y la satisfacción que suponía haber escalado el Manaslu.



Campamento base con el Manaslu al fondo. *Desnivel.*



26 de abril de 1975: la cordada compuesta por Jerónimo López, Gerardo Blázquez y el sherpa Sonang alcanzan la cima del Manaslu, el primer ochomil principal del alpinismo español. Colección Peñalara.

Aportación de las expediciones

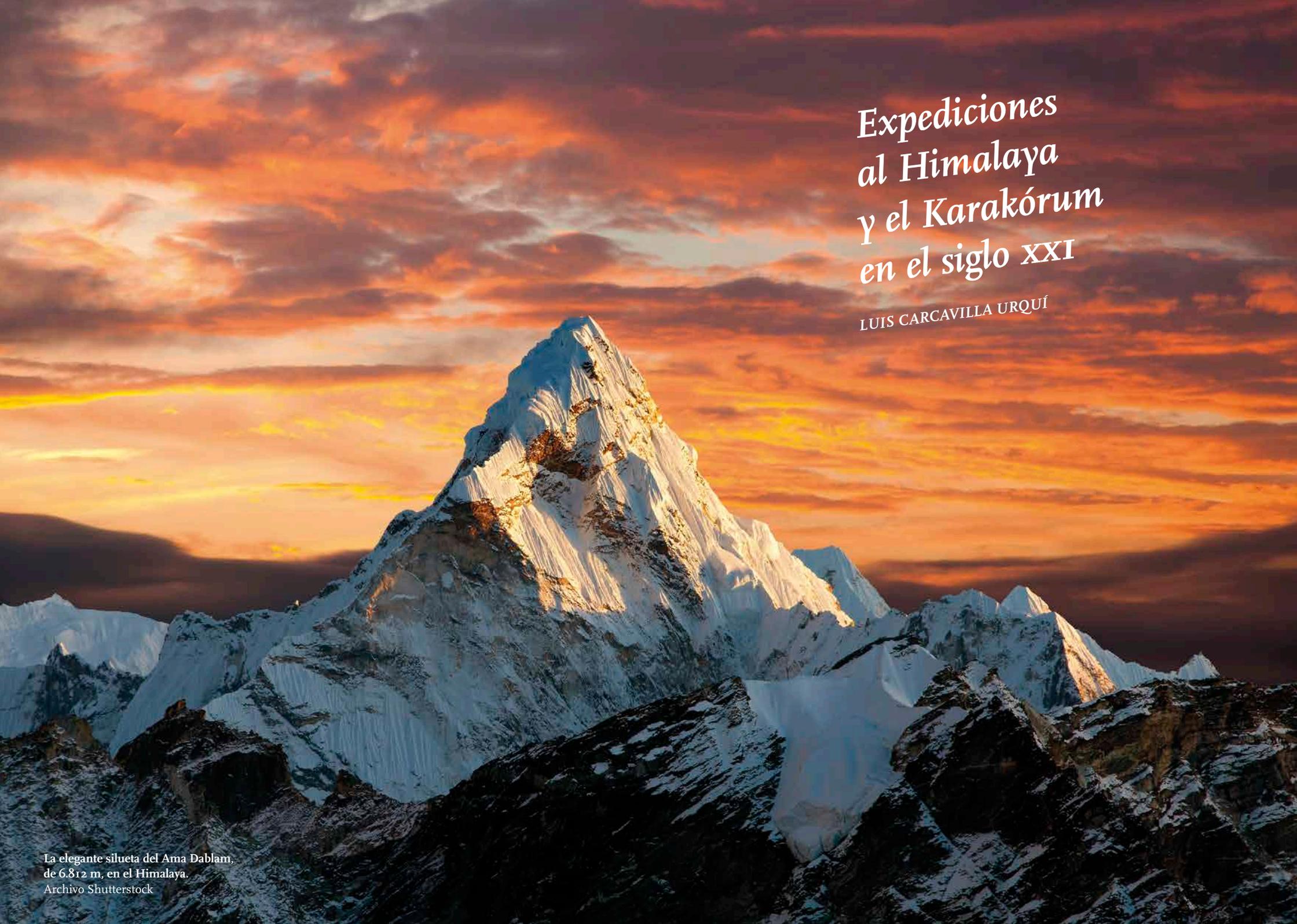
La organización y el desarrollo de aquellas dos primeras expediciones al Himalaya nos proporcionaron una valiosa experiencia a quienes participamos en ellas. Pero, como suele ocurrir, la experiencia lo es también para el entorno y el colectivo en que están integrados los participantes. La información transmitida sirvió a quienes la recibieron, pero también supuso un estímulo para algunos, despertó en otros el interés por nuevos proyectos

e hizo ver que objetivos de aquel tipo estaban a su alcance, al haberlo estado al nuestro. Creo que tuvo efectos en nuestra comunidad montañera, nuestros clubes y en el GAME castellano, y contribuyó al acercamiento a otros objetivos en el Himalaya y a lo que vendría en los años siguientes.

Desde mediados de los años 70, se produjo una notable y rápida evolución en el alpinismo internacional, en el que España comenzaba a estar más integrada. Unos cambios que aquí también se produjeron en la vida social, política, cultural y científica, y que se tradujeron en una modernización del país y en la homologación internacional en muchos aspectos.

En lo que se refiere al alpinismo, a partir de esos años se multiplicaron las expediciones ligeras (con grupos reducidos de alpinistas, sin ayuda de sherpas y sin empleo de oxígeno) y se produjeron nuevos cambios: la apertura de nuevos itinerarios de dificultad en grandes montañas, el desarrollo de la escalada libre y el empleo de materiales más modernos.

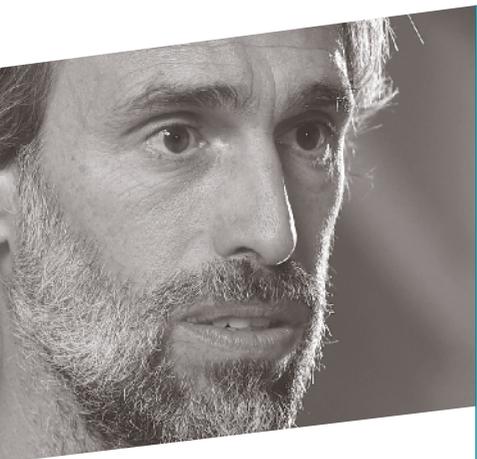
Los componentes de aquellas dos expediciones también participamos en esos cambios, como lo hicieron otros alpinistas en Madrid y en otros lugares de España en la década de los años 70. Por ejemplo, al año siguiente del Manaslu, en 1976, tres de los participantes en las dos expediciones al Manaslu hicimos una expedición a los Andes en la que, entre otras montañas, escalamos muy rápido y en estilo completamente alpino –es decir, sin porteadores ni campamentos fijos– la arista norte del Alpamayo, en la Cordillera Blanca de Perú. Un objetivo que pocos años antes había recibido la visita de otra expedición española de larga duración, con numerosos miembros y empleo de cuerdas fijas. En 1978, dos miembros de aquella expedición de 1975 haríamos las primeras escaladas españolas en las grandes vías del valle de Yosemite, en California, incluyendo, entre otras, la Nose al Capitán y la pared noroeste del Half Dome. Antes de terminar la década de los años 70, un grupo en el que solo un miembro no había participado en la expedición de 1975 al Manaslu, realizó la primera expedición española a las grandes montañas del Karakórum, en la zona del glaciar de Baltoro. El objetivo de 1979 fue el Broad Peak, de 8.047 m. Fue una expedición de solo seis escaladores, sin porteadores de altitud ni uso de oxígeno. No conseguimos alcanzar la cumbre, pero aquella experiencia ayudó a reforzar la línea de las expediciones, tanto propias como de otros alpinistas de nuestro entorno, que se desarrollarían en los años siguientes. Para las actividades mencionadas, al igual que para otras que vinieron después, resultó de gran valor la experiencia ganada en aquellas dos primeras expediciones al Himalaya de 1973 y 1975, que ahora recordamos en esta exposición de *Madrid en las Cimas de la Tierra*.



*Expediciones
al Himalaya
y el Karakórum
en el siglo XXI*

LUIS CARCAYILLA URQUI

La elegante silueta del Ama Dablam,
de 6.812 m, en el Himalaya.
Archivo Shutterstock



LUIS CARCAVILLA URQUÍ
Alpinista, geólogo del Instituto Geológico
y Minero de España.
Ha realizado catorce expediciones
al Himalaya en los últimos quince años.

En mayo de 2019 dio la vuelta al mundo una fotografía en la que más de doscientos alpinistas hacían cola para llegar a la cumbre del Everest. La masificación del «techo del mundo» quedaba patente en una imagen que sorprendía y sobrecogía tanto a entendidos como a profanos, imagen que sirvió de cabecera a medios de comunicación de todo el mundo. ¿Cómo se ha llegado a esta situación? ¿Representa esa imagen el alpinismo en el Himalaya y el Karakórum en el siglo XXI?

Para entenderlo y situarlo en su contexto, es necesario analizar la evolución experimentada por el himalayismo en las últimas dos décadas. Las expediciones a las grandes montañas han cambiado mucho en lo que llevamos de siglo, tanto que podemos afirmar que, sin ninguna duda, los cambios en los últimos veinte años son mucho mayores que los experimentados en los treinta o cuarenta años anteriores.

Durante la segunda década del siglo XX, se produjo la conquista de las cumbres más altas del Himalaya y el Karakórum, primero con el objetivo de alcanzar la cumbre aunque fuera mediante expediciones pesadas y siguiendo el camino más fácil y lógico y, posteriormente, buscando la máxima dificultad, recorriendo largas y técnicas aristas, surcando enormes paredes, renunciando al apoyo del oxígeno artificial e incorporando



Tienda de comunicaciones en el campamento base del Dhaulagiri en el Himalaya.
Colección Sito Carcavilla.

la filosofía ligera alpina. Se pasó así de la etapa del descubrimiento y la conquista, a la edad de oro del himalayismo, en la que la dificultad y el compromiso adquirieron protagonismo. Durante las diferentes décadas del siglo XX, al margen de la mentalidad y los retos de los alpinistas, los principales cambios en las expediciones se debieron a la incorporación de novedades e innovaciones en el material, haciéndolo cada vez más eficaz y ligero. En nada se parecían los equipos utilizados por un alpinista de la década de los 50 al de uno de finales de los 90. Esta evolución impulsó y facilitó el cambio de mentalidad y permitió el éxito de los nuevos retos. Pero, al margen de estos avances, la organización de una expedición y todo lo que la rodeaba no se había modificado demasiado.

A comienzos del siglo XXI, y en especial en los últimos quince años, tienen lugar una serie de cambios que transformarán las expediciones tal y como las entendemos. El primero de ellos, y que provocará otros en cadena, se fraguó en realidad a finales del siglo XX, cuando se empezaron a conceder muchos más permisos de ascensión. Hasta principios de los 90, se otorgaba un único permiso por ruta y temporada, de manera que cada equipo tenía que equipar su ruta y preparar la ascensión. Eso obligaba a las expediciones a esperar para poder obtener el permiso, o a buscar una

ruta que no estuviera reservada, diversificando los itinerarios recorridos. Pero eso cambió, y hoy en día no existe un límite máximo de alpinistas por ruta, sino que depende de la demanda y de la temporada. Esto ha dado lugar a la aparición de las expediciones comerciales, en las que alpinistas que no conforman un verdadero equipo se unen bajo un mismo permiso de expedición, pero con objetivos, tiempos y preparación diferentes. También ha fomentado la aparición de guías de montaña y de clientes, así como la masificación en algunas rutas y momentos concretos, cuyo peor ejemplo fue el accidente ocurrido en el Everest en la primavera de 1996. Por eso, a menudo se habla de las expediciones comerciales de forma despectiva, y se les culpa de la masificación y de gran parte de los accidentes. Pero en realidad tuvieron muchos aspectos positivos, como permitir el acceso a las montañas a muchos más alpinistas, forzar a una mayor profesionalización de los sherpas y generar una verdadera industria alrededor de las montañas, con el surgimiento de infinidad de agencias locales, algo que hoy en día supone la mayor fuente de ingresos de Nepal y un fuerte impulso a la economía local de amplias zonas de Pakistán, India y Tíbet (China), todas ellas deprimidas económicamente. Valga un ejemplo: solo en primavera, Nepal ingresó en 2019 casi tres millones de euros



Helicóptero llegando al campamento base del Kangchenjunga, tercera montaña más alta del planeta. Colección Sito Carcavilla.



Descanso durante la ascensión al Dhaulagiri, entre los campamentos 2 y 3, a unos 7.000 m de altitud. Colección Sito Carcavilla.

procedentes de los permisos de ascensión al Everest. En otras palabras, surgió una comercialización de la montaña, algo que no es nuevo, pues ya existía en la mayoría de las cordilleras del mundo.

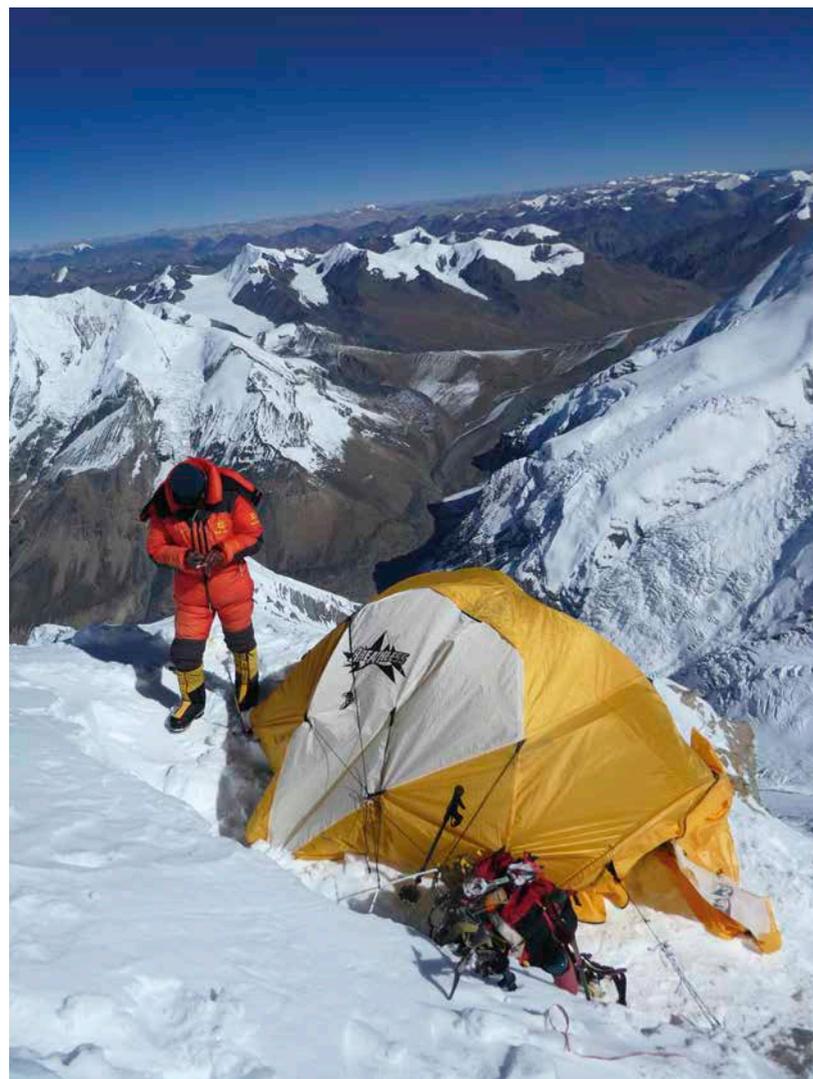
Aunque, como se ha dicho, la emisión múltiple de permisos surgió en los 90, alcanzaría dimensiones masivas en la segunda década del siglo XXI. Fue en ese periodo cuando surgieron los otros cambios que más diferencian una expedición actual de una de hace veinte años, y que tienen que ver con el acceso a las montañas, las comunicaciones, el papel de la población local y los propios alpinistas. Vamos a verlos uno a uno.

Las comunicaciones han modificado totalmente nuestra vida diaria, y también las expediciones. Hace diez años todavía era excepcional que hubiera un teléfono vía satélite en un campo base, pero hoy casi todas las expediciones tienen al menos uno. Eso permite una rápida actuación y rescate en caso de accidente pero, sobre todo, ofrece la posibilidad de acceder continuamente a los pronósticos de las condiciones meteorológicas para los próximos días. Y este es uno de los cambios más sustanciales respecto a hace un par de décadas, cuando en las expediciones no se podía saber qué pronóstico había más allá de las mediciones barométricas. La existencia de los GPS también ha sido importante, proporcionando a

los alpinistas más seguridad en caso de condiciones meteorológicas adversas con baja visibilidad. Pero los avances en las comunicaciones han provocado otro cambio aún más sustancial si cabe: el acceso a las redes sociales, de las que luego se hablará. Su combinación con los GPS permite hoy en día incluso seguir desde la distancia y en tiempo real la ascensión y la posición en directo de un alpinista en su camino a la cumbre, algo impensable hace tan solo unos años.

Vinculado a los avances en las comunicaciones, un elemento que ha modificado totalmente el acceso a las grandes montañas del Himalaya, en especial en Nepal, son los helicópteros. Aunque operan en la zona desde hace décadas, su precio cada vez más económico por el aumento de la oferta y la mejora de sus prestaciones en altitud han hecho que su uso hoy en día sea muy habitual en las expediciones. Así, el acceso al campo base de la montaña puede realizarse en unas pocas horas, cuando antes eran necesarios días, si no semanas. La dificultad para conseguir porteadores ha propiciado también que su uso sea hoy habitual para transportar las cargas y el equipaje. Tanto que en la primavera de 2021 se ha llegado a transportar material a los campamentos de altura para equipar la montaña, dejando depósitos incluso por encima de los 7.000 m de altitud. Esta facilidad de acceso ha provocado que sea relativamente normal que los alpinistas puedan intentar varias montañas en la misma temporada, algo que antiguamente (incluso hace diez años) era excepcional. De la misma manera, el rescate en caso de accidente es mucho más fácil, con pilotos que cuentan con experiencia al haber sido, en su mayoría, entrenados en los Alpes, si es que directamente no proceden de allí. Pero, sobre todo, el uso de helicópteros, combinado con el avance de las comunicaciones, en especial internet, ha propiciado que en tan solo unas horas se pueda organizar toda una expedición, y que acceder al campo base sea también una cuestión casi inmediata.

Los cambios experimentados socialmente en los países del Himalaya han contribuido a que la población local adquiera mucho más protagonismo en las expediciones actuales que en las de hace un par de décadas. A comienzos del siglo xx, las grandes empresas «occidentales» (en realidad extranjeras, porque eran estadounidenses, neozelandesas y alemanas) dominaban el mercado de las expediciones comerciales. Pero, a día de hoy, han proliferado las agencias locales, que son las que más clientes tienen. Esta diversidad tiene como aspectos positivos una mayor oferta y un teórico impulso de la economía local, aunque también ha propiciado que surjan empresas en las que la seguridad del cliente pase a un segundo plano en aras del beneficio económico, algo que se cuidaba más



Campamento 2 en el Dhaulagiri, a unos 6.400 m de altitud. Colección Sito Carcavilla.

cuando eran pocas las empresas que operaban en la zona, porque su prestigio estaba en juego. Además, las agencias encontraron un nuevo nicho de actuación a medio camino entre las expediciones comerciales y las «clásicas», agrupando a grupos pequeños de alpinistas bajo un mismo permiso (lo que abarata los costes), pero con independencia entre ellos e incluso objetivos distintos.



Las duras condiciones meteorológicas, como el fuerte viento, son factores limitantes en las ascensiones a las montañas más altas del Himalaya. Colección Sito Carcavilla.

Por último, los cambios hasta ahora comentados también han transformado el perfil mayoritario de los alpinistas que acuden a las grandes montañas del Himalaya. La facilidad para acceder, los precios más asequibles por la mayor oferta o los riesgos más limitados por la posibilidad de rescate en helicóptero han propiciado que cada vez acudan más personas a intentar escalar estas grandes montañas. Entre ellas, y en especial en el caso del Everest, ha experimentado un enorme aumento la proporción de personas con poca experiencia alpina que proceden más del mundo del *fitness* que del de la montaña. A esto han contribuido enormemente las redes sociales: la posibilidad de poder mostrar en directo la vivencia y las sensaciones experimentadas ha animado a muchas personas a adentrarse en las grandes montañas del Himalaya, donde una ascensión aún goza de un reconocido prestigio. La posibilidad de «mostrarse» al mundo durante la ascensión propicia la afluencia a las grandes montañas de personas poco cualificadas pero con enormes ganas de popularidad. Ha surgido así un verdadero «turismo de altura», en el que toda la responsabilidad recae en la experiencia y habilidad de los guías, porque la mayoría de sus clientes no la pueden aportar. Una mayor afluencia propicia un mejor equipamiento de la montaña, lo que, a su vez, da más opciones de cumbre, en un proceso de retroalimentación que, de momento, aún no ha encontrado su tope. Así, cada año acuden más personas a escalar el Everest pero, a

estas alturas del siglo XXI, cada vez son más raras las ascensiones que realmente tienen un valor alpinístico. Valga un dato: en 2019 subieron 878 personas al Everest, pero solo tres sin el uso de oxígeno artificial y ninguna por una ruta que no fuera la normal del lado nepalí o su equivalente en la vertiente tibetana. Además, esta «masificación» debe mirarse con perspectiva: es un número que sorprende, pero al Everest solo se sube tres o cuatro días al año, en el mes de mayo, cuando en otras montañas del mundo esa cifra se da todos los días de la temporada o incluso del año. ¿Por qué se «exige» que el Everest limite los accesos cuando en otras montañas (incluso españolas) la masificación es también una realidad y ocurre muchos más días? Es una cuestión compleja, que requiere un análisis mucho más profundo que llevarse las manos a la cabeza cada vez que vemos una foto impactante, como la de la fila para llegar a su cima.

Por supuesto, en los últimos años el material técnico y la vestimenta han evolucionado mucho, pero no como para decir que han modificado la manera de escalar las montañas. Son los aspectos descritos los que hacen que la experiencia de vivir una expedición en el Himalaya pueda ser muy diferente hoy en día a como lo era hace un par de décadas, en especial en el Everest, donde todo se magnifica. Muchos de estos cambios suelen verse como una pérdida de autenticidad o incluso una degradación del alpinismo, pero ninguno de ellos es realmente nuevo y no suponen nada que no se haga en otras cordilleras del mundo, al tiempo que no dejan de ser un reflejo de la sociedad actual, para lo bueno y para lo malo. Escalar en el Himalaya es ahora mucho más fácil que hace décadas, mucho más seguro y mucho más positivo para los países que albergan esas montañas, y eso tiene su precio. Hoy en día, el alpinismo de vanguardia también se beneficia de estos cambios que permiten realizar hazañas alpinísticas impensables hace décadas, y eso es fantástico. En cualquier caso, conviene insistir en la idea de que una cosa es la situación en la ruta normal del Everest, otra en el resto de los ochomiles, y otra aún más diferente en montañas más bajas o en las altas, pero fuera de las rutas normales. En el Himalaya y el Karakórum es perfectamente posible vivir una experiencia «auténtica» (si es que la otra no lo es) y asumir el grado de dificultad, compromiso y aislamiento que se quiera. Y eso es lo bueno del himalayismo actual: que se puede elegir lo que más te guste asumiendo, eso sí, que algunas opciones estarán monopolizadas por el alpinismo comercial.

